



EL CRIMEN DEL "JAGUAR" ROJO

JOE MOGAR



Era uno de esos coches convertibles. Con un cadáver dentro.

En la parte trasera. Exactamente en el lugar donde debería llevar la rueda de recambio. Claro que yo no lo sabía, ni el dueño del coche tampoco.

Cierto también que esto lo supe varios días más tarde. Como cosa de tres o cuatro, cuando él se presentó una mañana en la oficina, preguntando por mí.

La cosa empezó de la siguiente manera: Lina Falcom era mi secretaria.

Diecinueve años sobre una imponente fachada. Lo mismo que el Empire State Building de Nueva York..., o quizá un poco más.



Joe Mogar

El crimen del «jaguar» rojo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 958

ePub r1.0

Lds 11.01.18

Título original: *El crimen del «jaguar» rojo*

Joe Mogar, 1968

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Era uno de esos coches convertibles. Con un cadáver dentro.

En la parte trasera. Exactamente en el lugar donde debería llevar la rueda de recambio. Claro que yo no lo sabía, ni el dueño del coche tampoco.

Cierto también que esto lo supe varios días más tarde. Como cosa de tres o cuatro, cuando él se presentó una mañana en la oficina, preguntando por mí.

La cosa empezó de la siguiente manera: Lina Falcom era mi secretaria.

Diecinueve años sobre una imponente fachada. Lo mismo que el Empire State Building de Nueva York..., o quizá un poco más.

La encontré en un bar, allá por Peun Square, con cara de aburrimiento, y frente a un combinado doble.

La muchacha se encontraba sin empleo y le ofrecí uno.

Es decir, la abordé porque merecía la pena hacerlo, se mirara por donde se mirara, y desde entonces, como digo, ella era mi secretaria.

Su busto atrevido y retador, su hermoso pelo negro como el ébano y sus no menos negros, grandes y rasgados ojos, sombreados de largas y rizadas pestañas, y no postizas. Luego venía todo lo demás.

La boca de labios gruesos, húmedos y sensuales, junto con una nariz fina y elástica, y el recóndito y voluntarioso mentón. Estrecha la cintura, suaves y firmes las caderas y las largas piernas morenas y bien torneadas.

Un sueño de chiquilla.

Un año y medio más tarde, ocurrió lo que yo llamé el *Crimen del «Jaguar» rojo*.

Y fue precisamente aquella mañana, unos cuantos días más tarde, cuando Lina entró en mi despacho particular, procedente del suyo, llevando encima una escotada blusa en «uve» y unos *shorts* cortísimos, dejando al descubierto la maravilla de sus piernas de largos muslos y llevando en su roja boca una sonrisa.

La misma sonrisa que tenía para mí desde el mismo día en que se quedó a trabajar conmigo.

Al verla abrí la boca para decir algo, pero Lina se adelantó a mis deseos.

—Hay un hombre en el antedespacho, Phil —dijo. Ése soy yo.

Phil Dexter, investigador privado además de otras cosas. Un fisgón, un pesquisista.

Un buen muchacho, según otros, y de no más de veintisiete años de edad. Con algunos problemas creados por mi propio gusto y, los más, por el de varias personas en conjunto.

Amigo de mujeres hermosas, de los dólares... Pero que conste, de esto último, en primer lugar. Y se comprende, ¿verdad?

—¿Qué desea? —pregunté devolviéndole la sonrisa.

—Tiene problemas —replicó ella. La miré fijamente.

Había aprendido a fiarme a ojos cerrados de su intuición y por eso la miré a continuación de formular la pregunta:

—¿Qué clase de problemas?

—No lo sé —contestó—; pero son serios.

—¿Sí? ¿Y cómo lo sabe?

Aquella era otra de las cosas del interior de la oficina. No nos tuteábamos ni por equivocación.

Me sonrió por segunda vez.

—No lo sé, viejo amigo —respondió—, pero lo presumo. ¿No desea que pase? La miré ahora de pies a cabeza, sonreí y dije:

—Sí, si me da usted un beso, Lina.

Vino a mis brazos sin pronunciar una sola palabra.

Cuando se separó de ellos tenía el bello rostro ligeramente coloreado y en sus negros y misteriosos ojos había una maravillosa promesa para mí.

Y respiraba con alguna dificultad cuando dio media vuelta y también sin pronunciar palabra abandonó el despacho.

Unos segundos más tarde llamaron a la puerta.

—Entre. Está abierto —dije. Entonces le vi.

Enmarcado en el umbral, mirándome fijamente con sus ojos oscuros y firmes, observándome como yo empezaba a estudiarle a él.

Moreno y de edad indefinible.

Lo mismo podía tener treinta y cinco años como cuarenta o cuarenta y tres. Quizá un poco más, o un poco menos. Difícil de definir. Eso desde luego.

Parecía fuerte.

A mí me pareció cualquier cosa.

Lo mismo podía ser un conspirador, un espía, o el jefe de una banda de *gangsters*, que una persona honrada a carta cabal. Lo mismo el empleado de una oficina como el obrero manual de una fábrica.

Su personalidad para mí era tan indefinible como su edad.

Por tanto, esperé a que fuera él quien hablara primero, cosa que sucedió casi al instante y mientras continuábamos observándonos mutuamente.

—Usted es Phil Dexter, ¿verdad? Míster Phil...

—Soy ése que usted dice —atajé—. Pase y siéntese.

Le indiqué uno de los sillones que había frente a mi mesa-despacho y cuando se hubo sentado le miré en espera de que dijera algo más.

Lo hizo saltándose todo preámbulo:

—Me llamo Ross Warren y me encuentro metido en un lío de mil diablos, míster Dexter —empezó—. Deseo que me saque de él.

Siguieron unos segundos de silencio que rompí con una pregunta:

—Explíquese, ¿quiere?

Me miró pensativamente por espacio de un breve intervalo de tiempo y al fin se decidió:

—Se ha cometido un crimen y deseo que descubra al asesino.

—De acuerdo —contesté—. ¿Cómo ocurrió?

—Si lo supiera no estaría aquí hablando con usted —fue la desconcertante respuesta que obtuve.

—De acuerdo —dije—. Siendo así, ¿por qué no empieza por el principio, para que yo me entere? Pero voy a advertirle algo por si no lo sabe —continué diciendo sin darle tiempo a que me interrumpiera—. Me reservo el derecho de hacerme cargo del

asunto, así como el dejarlo si es que no me gusta.

Por espacio de varios segundos no contestó. Pensaba.

Y cuando lo supe todo, comprendí por qué se mostraba reacio a contarme todo aquello. Por fin empezó:

—Tengo un coche —dijo—. Un buen coche, ¿comprende? Un magnífico automóvil que a mí me hace un buen servicio... —Vaciló unos segundos y prosiguió con ironía—: Un buen servicio, si exceptuamos el de la otra noche. Está pintado en rojo brillante y, en fin, un coche que la otra noche tuvo la mala ocurrencia de llevar dentro el cadáver de un hombre. Un hombre llamado Tex Sheldon.

Me armé de paciencia y contesté con una nueva pregunta:

—¿Cómo ocurrió?

Se encogió de hombros.

—No lo sé —replicó—. Simplemente, que lo encontré allí cuando lo introduje en el garaje donde lo guardo. La vi por casualidad al levantar la tapa trasera con objeto de guardar unas herramientas.

—¿De dónde venía usted cuando el hallazgo? Me miró dubitativo.

—Trabajo en una oficina de importación —empezó a explicarme—. Aquella tarde, como tantas otras, dejé el coche en el lugar ex profeso para ello y entré en la oficina. Al terminar la jornada lo tomé y conduje hasta la Calle 19 y entré en el bar de Pool para tomar un *whisky*, exactamente como vengo haciendo desde hace infinidad de tiempo. Salí poco más tarde y me encaminé a casa. Fue entonces cuando lo descubrí. Como ve, lo mismo pudieron ponerlo cuando lo tenía en el aparcamiento de la oficina como cuando lo dejé en la calle frente al bar de Pool.

Pensé rápidamente, de resultas de lo cual formulé una nueva pregunta:

—¿Avisó a la policía?

—No me gusta la policía, pesquisa —replicó. Tampoco me agradaba a mí.

Principalmente algunos elementos de la misma y muy en particular el teniente Chasse Marthyn, del Departamento de Homicidios de Filadelfia.

No, no me gustaba ni mucho menos, pero no se lo dije a él. Simplemente me limité a preguntar una vez más:

—¿Lo hizo?

—¡Claro! ¿Por qué si no cree que estoy aquí?

Ya eran dos las veces que me contestaba de aquel modo, y lo mismo que la anterior, no contesté.

Esperé a que él continuara explicándose, lo que no tardó en ocurrir ya que añadió casi en el acto:

—Avisé a la policía, pesquisa, y me detuvieron. Estuve detenido un montón de horas, en el transcurso de las cuales no dejaron de interrogarme, y luego me soltaron quizá porque no podían probarme nada. Pero me vigilan. Cuando no tengo a uno detrás tengo a otro. Eso es molesto. Más que molesto, denigrante, aunque ya sé que sospechan de mí. Incluso puede que vuelvan a detenerme por carecer de coartada. ¿No se dice así?

Sin hacer caso de su pregunta final, formulé otra:

—¿Conocía al muerto?

—No le había visto en mi vida. Pensé rápidamente.

—Escuche, Warren —dije—, estoy intentando ayudarle, ¿comprende? Por tanto, deseo que me diga la verdad. Que no me oculte nada. No deseo trabajar a ciegas en esto y mucho menos estando de por medio el teniente Marthyn.

No me respondió durante unos segundos, pero frunció el ceño de manera indecible hasta que replicó:

—No tengo más que decir, Dexter. Tome el caso o déjelo. Le he dicho la verdad y nada más.

Se puso en pie, hizo ademán de ir hacia la puerta y entonces pregunté:

—¿Tiene muchos enemigos en la compañía en que trabaja? Se volvió hacia mí con la misma rapidez que una bala.

—No, que yo sepa —contestó secamente—. ¿Por qué?

No irá a creer que alguien de allí le mató e intencionadamente lo introdujo en el coche, ¿verdad?

Le miré de hito en hito.

—Confieso —dije fríamente— que no se me ocurre otra idea mejor. ¿A usted sí? Pues si es así, expóngala.

Se dejó caer en el sillón y me miró fijamente.

—No puedo creerlo. Aunque fuera así, ¿quién es ese hombre? ¿Qué es lo que había hecho para que alguien deseara matarlo? No, no me cabe en la cabeza...

Hizo una breve pausa, que rompió bruscamente, preguntando:

—¿Va a hacerse cargo del asunto, Dexter? Vacilé durante unos segundos.

No me gustaba el caso.

Se presentaba demasiado difícil. Por otra parte, tampoco podía dar absoluto crédito a Ross Warren y aquello tampoco me agradaba.

También podía ser él el asesino, tal y como sospecha la policía. Pero si era así, ¿qué diablos hacía en mi oficina? ¡Y con lo agradable que resultaba observar de vez en cuando las magníficas piernas de Lina!

Dejé mis pensamientos al llegar a este punto y contesté, dando al traste con éstos:

—¿Sabe si alguien conocía a Tex Sheldon? Me refiero, naturalmente, a alguna persona de su oficina.

Frunció el ceño como, al parecer, tenía por costumbre cuando pensaba intensamente y contestó:

—No, que yo sepa. Es decir; con seguridad no puedo afirmar nada aunque sí puedo decirle a usted que nadie de los que yo conozco hizo un solo comentario al efecto.

—¿Está seguro?

—¡Claro! ¿Cómo no había de estarlo?

Eso no lo sabía yo y, por tanto, esperé a que me lo dijera, pero no lo hizo. Simplemente volvió a ponerse en pie y repitió la pregunta:

—¿Va a hacerse cargo del asunto, Dexter? Pensé de nuevo.

—De acuerdo, lo haré —dijo—. Pero de antemano voy a decirle que las cosas no se presentan demasiado fáciles, com...

—Eso es cosa suya y no mía —me interrumpió secamente—. Busque a ese asesino y mátele si puede. Para ello le doy... —vaciló, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y del mismo extrajo un abultado fajo de billetes que me hizo bizquear asombrado—. Le doy tres mil dólares ahora y cinco mil más cuando acabe con él. Entendido, ¿no?

Tomé los billetes sin pronunciar palabra, cosa que no hice hasta que los hube guardado en el interior del cajón central de mi mesa.

—Deme sus señas por si le necesito, Warren —pedí. Me sonrió.

—Me pondré en contacto con usted cada día, o si no, con ese hermoso sueño que tiene por secretaria, Dexter.

Sin replicar le acompañé hasta la puerta, mientras que mi cerebro trabajaba velozmente. Luego regresé al despacho para encontrarme con los ojos inquisitivos de Lina que, sentada en un ángulo de la mesa, como una maravillosa figura decorativa, me contemplaba en silencio.

No obstante, fue ella la que lo rompió al cabo de unos cuantos segundos, que empleé en rodearla a pesar de que el espectáculo era fascinante, obligándola a que cambiara de postura, con una pregunta:

—¿Qué tal el problema, Phil? Sonreí sin ganas.

—Asesinato —respondí.

Y Lina se sobresaltó visiblemente.

CAPÍTULO II

Su silencio duró mucho tiempo.

Hasta que se levantó de la mesa, la rodeó a su vez y vino a sentarse sobre el brazo del sillón en el cual yo estaba, y preguntó:

—Vas a hacerte cargo del asunto, ¿verdad?

—Lo he hecho ya.

—Sí, lo sé, he supuesto —clavó sus grandes y rasgados ojos negros en los míos y soltó la segunda pregunta de la serie—: ¿Quién es el muerto?

Lentamente empecé a explicárselo todo y terminé diciendo:

—Es una incógnita, ¿no? Y precisamente es eso lo que me ha hecho aceptar el encargo. Lina demostró una vez más conocerme a fondo cuando preguntó:

—No te fías de Warren, ¿verdad?

—No. De ningún modo.

—¿Crees que él sea el asesino?

—Podría serlo, ¿no?

Lina me miró con sus grandes ojos muy abiertos y contestó:

—Entonces, Phil, ¿por qué has aceptado el caso?

—Ésa es una de las razones. La duda, si quieres llamarlo así.

—¿Nada más que eso?

—Nada más, querida.

—Pero..., pero... Bueno, Phil, la verdad es que la Mayoría de las veces no te entiendo.

—Eso les pasa a muchos, ricura —repliqué consoladoramente, para añadir rápidamente y mucho antes de que ella pudiera pronunciar palabra—: ¿Qué te parece si me das un beso en la nariz y luego nos vamos a comer a cualquier parte?

Se inclinó sobre mí, hizo lo que le pedía y se apartó enseguida

de mi lado sin darme tiempo a que pudiera enlazarla por la cintura y estrecharla entre mis brazos.

—¡Oh, no, amor! —se burló—. Ahora no. Es preferible la comida. ¿Y sabes por qué? Por la sencilla razón de que si rehúso no encontraré otra ocasión como ésta.

Salió del despacho sin esperar respuesta y me levanté del sillón para ir al perchero. Me coloqué la americana no sin antes haber ajustado a mi axila la funda con la «Magnum» y pasé al antedespacho.

Lina se encontraba arreglándose las costuras de las medias, me lanzó una fugaz y picara mirada, continuó con lo que estaba haciendo y al terminar se irguió en toda su estatura y me enfrentó:

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

Dije que sí y salimos del brazo hasta el lugar donde mi coche permanecía estacionado. Una bagatela.

Un coche de importación.

Un «Caravelle» convertible y dotado interiormente de todas las comodidades de la más moderna técnica. Incluso sabía que Lina aún se preguntaba, desde el mismo día que lo vio, de dónde diablos lo había sacado.

Curiosas que son las mujeres, claro, aunque yo, particularmente, no tenía culpa alguna.

Conduje hasta un pequeño restaurante en Independence Hall, haciendo el viaje en el más completo silencio, que Lina no rompió hasta que no terminamos con la comida y ya ante sendas tazas de café, con los cigarrillos encendidos.

—¿Qué piensas hacer ahora, Phil? Tenía ideas.

Todas muy vagas, por lo que repliqué:

—Con seguridad no lo sé, muchacha, pero voy a empezar a investigar. Entretanto, tú, como una buena chica, irás a la oficina y esperarás allí a que yo te llame, si es que lo hago. De todos modos, si no tienes noticias mías, te largas a casa y en paz.

—¿Te espero esta noche? Sonreí.

—No lo sé, preciosa —dije—. No sé si en realidad haré algo o me aburriré.

—¿Y qué ocurrirá si pasa esto último, Phil?

—Nada. Me iré a dormir.

—¿Sí? ¡Me sorprendes, querido! ¡Y creí que irías a buscar a una

chica que tuviera mejores piernas que yo...! Mira que soy tonta, ¿verdad?

Mi primera intención fue mandarla al diablo, pero pensándolo mejor me limité a preguntar:

—¿Nos vamos ya, Lina? Nos fuimos.

Después de besarla la dejé frente a la puerta del edificio donde tenía instaladas mis oficinas, en el número 638 de Spence Street, y empuñando de nuevo *el* volante me largué de allí con viento fresco.

Consecuencia lógica: cuarenta y cinco minutos más tarde me encontraba en la Calle 19, haciendo avanzar el coche con exagerada lentitud, buscando el bar de aquel tipo llamado Pool.

Finalmente vi el letrero sobre la puerta de entrada, en el número 540, y estacioné frente a la misma.

Entré luego de empujar la acristalada puerta y me acerqué a la barra.

—*Whisky* —pedí.

Y me dediqué a examinar al tipo.

Era fuerte, no más alto de lo normal, calvo, y de unos cuarenta años de edad. Ojos del mismo color que los míos. Grises, insondables y misteriosos, como la imponente rubia que había sentada en uno de los altos taburetes, también en la barra, ensimismada en la contemplación del combinado que tenía frente a sí misma, a menos de cuatro yardas de donde *toe* encontraba.

La miré.

No podía por menos de hacerlo, ya que desde que entré en el bar me llamó la atención.

Era fina, elegante, bien vestida y una verdadera dama. Y sin embargo, llevaba la corta y estrecha falda mostrando unas piernas que ni las de la propia Lina tenían comparación posible con aquéllas.

Rubia, lo dije ya, de ojos grandes, rasgados y azules. Frente ligeramente abombada, nariz recta, boca de labios rojos tal vez un poco grande, y firme y voluntarioso el mentón.

Más que voluntarioso, desafiante.

Estrecha la cintura, alto el busto, y calzando zapatos negros de alto tacón.

Con un esfuerzo logré apartar la mirada de ella y la desvié hacia el barman. Entonces pregunté:

—¿Conoce a un hombre llamado Ross Warren? Tiene bigote, es fuerte, de estatura algo...

—Sé quién es Warren, amigo —me interrumpió en tanto la rubia apartaba los ojos del combinado, para desviarlos hacia mí—. ¿Para qué le busca?

No es que lo supiera con certeza, pero intuí que dudaba.

—Soy su amigo —repliqué— y le estoy buscando.

—¿De verdad? ¿Y para qué?

Hice una mueca, tomé mi vaso y bebí hasta mediarlo. Respondí al depositarlo sobre el mostrador:

—Escuche con atención; es importante que le vea.

Se trata... —vacilé unos segundos y a continuación me lancé a fondo—. Se trata del cadáver que descubrió dentro de su coche. Conoce el caso, ¿no es verdad?

Nada en su rostro delató lo que estaba pensando, por lo que esperé a que contestara.

Lo hizo enseguida:

—No sé dónde puede estar, amigo. Hace días que no le veo. Desde el mismo en que se descubrió ese hecho.

La rubia se había puesto en pie, abandonando el taburete, e interrumpió mi respuesta preguntando:

—¿Quiere cobrar, por favor?

Pool se separó de mí y se le acercó. Les miré.

Es decir, hablando con propiedad, la miré a ella. Ni por casualidad volvía la vista hacia mí, ni tampoco la hizo cuando luego de pagar dio media vuelta, se despidió de Pool con una sonrisa y, contoneando diabólicamente las caderas, fue hacia la puerta y desapareció de mi vista, dejando no obstante en mis retinas, fija, en forma indeleble, su hermosa y explosiva figura.

Me volví a mirar a Pool.

—¿Por dónde íbamos, amigo? —pregunté.

Me sonrió, pero su sonrisa no me gustó ni poco ni mucho.

—Por ninguna parte —contestó secamente—. ¡Ah! Si quiere saber algo de Warren, búsquele y pregúntele usted, si es policía.

Decidí cambiar de conversación. Tal vez de ese modo se mostrara más humano y me dijera lo que yo deseaba saber, por lo que pregunté:

—¿Quién es la rubia que se encontraba en la barra hace unos

momentos? Arqueó una ceja.

—Amigo —dijo—, usted hace demasiadas preguntas. ¿Por qué? No repliqué.

Apuré el resto del *whisky* de un trago y luego pregunté:

—¿Cuánto vale para usted esa información?

En el acto se puso en guardia.

—¿Qué información?

—La de la chica. ¿Viene mucho por aquí?

Me miró dubitativo durante unos segundos y contestó:

—Algunas veces.

—¿Sabe dónde vive? Me sonrió una vez más.

Creo que era la segunda sonrisa que le veía, y aquélla me gustó aún mucho menos que la primera.

—No, no lo sé.

—Correcto —respondí—; al parecer, usted nunca sabe nada de nada.

—Me limito a tener un bar y a saber callar, ¿comprende?

—¿También con respecto a las chicas?

—Algunas veces.

—Y con ésta en particular, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Maggie...

—¿Nada más?

—Nada... Pero, oiga, ¿quiere hacer el favor de lar...?

Le interrumpí con un gesto.

—De acuerdo, ya me voy.

Le di medio dólar, me volví hacia la puerta, y ya junto a la mismaladeé la cabeza, le miré y pregunté:

—¿Cuánto quiere por decirme dónde puedo ver a Warren?

—No sé ni dónde vive ni dónde trabaja. Está claro ¿verdad? No contesté.

Abandoné el establecimiento sin pronunciar otra palabra, pensando que aquel tipo tenía que saber muchas cosas y en que yo me veía, por el momento, en la imposibilidad de sacárselas del cuerpo.

Alcancé el «Caravelle», abrí la portezuela y entonces la oí.

—Suba, por favor. Deseo hablar con usted.

Lo hice así, me coloqué frente al volante y la enfrenté fríamente a pesar de que me encontraba violentamente sorprendido.

Cerré la portezuela.

—Dígame... —empecé.

Su sonrisa, luminosa en extremo, que puso cosquillas en mi nuca, me interrumpió.

—Sorprendido, ¿verdad?

—Confieso que sí —dije con no menos frialdad—. Y ahora que lo sabe, ¿quiere explicarse?

Sonrió por segunda vez y contestó:

—Lléveme a dar un paseo, ¿quiere?

Iba de sorpresa en sorpresa, pero tampoco la dejé traslucir.

—¿Hacia dónde? —inquirí.

—¡Oh, a cualquier parte! Me gusta dar un paseo con los hombres que admiran mis piernas. Vi que las observaba cuando se acomodó en la barra para pedir *whisky*.

Achiqué los ojos, pero ella no se burlaba. Según mi opinión particular, hablaba completamente en serio y aquello me sorprendió aún más.

—Creí que no se había dado cuenta —dije más que por otra cosa por romper el silencio en vista de que ella no decía nada más—, ya que estaba contemplando el fondo de su vaso.

—Y así era —replicó—, al menos hasta que usted entró. Entonces dejé de hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté, dispuesto a continuar con aquel juego hasta que ella se decidiera a cortarlo.

—Porque yo también procuro estudiar a los hombres, cuando éstos me gustan.

—¿Sííí...?

—Seguro —afirmó—. Por eso dejé de pensar solo para estar pendiente de usted, como usted lo estaba de mis piernas y mi carrocería. Como lo está ahora, a pesar de que trata de disimularlo bastante bien. Vamos, ¿por qué no confiesa que le gusto como mujer?

Me desconcertó durante varios segundos, y para salir del atolladero en que me sumían sus atrevidas palabras, contesté con una pregunta:

—Finalmente, ¿adónde quiere que la lleve?

—Vivo en el 680 de Rittenhouse. ¿Puede llevarme?

—¿Una aventura?

Levantó una de sus rubias cejas.

—Si usted se presta... Claro que eso dependerá de varias cosas. Me acerqué un poco y me incliné sobre ella.

—¿Probamos con un beso a ver cómo lo hago?

Ladeó la cabeza para mirar por la ventanilla y contestó con un leve susurro:

—No, aquí no. Nos encontramos en medio de la calle —hizo una ligera pausa y preguntó sin mirarme y con el rostro levemente ruboroso—: ¿Nos vamos?

Sin replicar empuñé el volante, di el encendido, embragué, y partimos. Hicimos el viaje en silencio.

Un silencio que Maggie rompió tan pronto como estacioné el coche frente al edificio donde tenía instalado su apartamento.

—Suba conmigo, por favor.

Su voz sonó en mis oídos enormemente, por lo que quise bromear un poco a su costa como ella lo había hecho conmigo, y contesté:

—Puede que cuando entremos en el ascensor la bese a usted. Sabiéndolo, ¿desea que suba?

Me miró fijamente ya con la mano en la manija de la portezuela.

—Creo que será interesante saber cómo lo hace. Pero, por favor, no sea bruto. Me dejó de una pieza.

Sin contestar abandoné el coche, abrí la portezuela contraria después de rodearlo para que descendiera y cruzamos la calle, del brazo, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida.

Maggie abrió la puerta que daba acceso a la escalera, utilizando, como cosa lógica, su llavín, pulsó el automático de la luz y me condujo hasta el ascensor.

Penetramos dentro.

Maggie pulsó el botón y la caja mecánica se puso en marcha hacia arriba, mientras yo la miraba preguntándome qué diría si daba fe a mi promesa.

Decidí probar.

La provocación había partido de ella y no era caso de desaprovechar la ocasión.

Y confieso que no pensé en Lina cuando me acerqué para tomarla de la cintura. Me incliné y fue la propia Maggie la que me ofreció los labios levantando el rostro hacia mí, y luego ambos

estuvimos estrechamente abrazados hasta que el ascensor se detuvo.

Maggie lo abandonó la primera y la seguí.

Ya en el pasillo me miró por entre las entornadas pestañas rubias mientras cerraba la puerta, empleando para ello el alto tacón del zapato derecho.

—Venga conmigo y hablaremos.

La cosa había salido bien, por lo que pregunté:

—¿Sólo para hablar, preciosa?

Su sequedad cuando contestó me sorprendió cuando me habían asombrado otras cosas:

—Por el momento sólo para hablar. Luego... Bueno, querido, eso dependerá de algunas cosas como ya le dije. ¿O no fue así?

—¿Como cuáles? —pregunté dando de lado a la suya y mientras que *in mente* me formulaba otras cuantas más.

—Eso también vendrá más tarde —contestó.

Dio media vuelta, en un rápido giro, y empezó a andar hacia el interior del apartamento.

Como esperaba, Maggie me condujo al *living* y una vez allí me indicó uno de los sillones.

—Siéntese y pida algo de beber.

Me sentí galante, aunque no fuera más que una vez en mi vida y contesté:

—Sería capaz de estar bebiendo durante siglos si fuera usted la que me sirviera el licor, preciosa.

No respondió.

Se marchó y me dejó solo para regresar al cabo de unos minutos trayendo dos altos vasos de *whisky* con soda, que depositó sobre una mesita. A continuación vino a sentarse frente a mí, cabalgó una pierna sobre la otra, malignamente, respiré con dificultad y preguntó:

—Se encuentra sorprendido, ¿verdad?

Era la misma pregunta anterior por lo que repliqué del mismo modo.

—Confieso que sí. Veamos, ¿qué es ello?

Me miró a los ojos, con los suyos grandes y rasgados, y como al parecer era una cajita, una hermosa cajita de sorpresas, y rubia por añadidura, volvió a sorprendedme con una pregunta:

—¿Para qué busca a Ross Warren? Miré a mi alrededor.

A todo lo que me mostraba aquel elegante y bien montado apartamento y contesté un tanto brutalmente, y también con otra pregunta.

—¿Es él quien paga todo esto, nena? Achicó los ojos, que chispeaban brillantes.

—Seguro, tipo listo —contestó—. ¿Algo en contra? Sonreí con suficiencia.

—¡Claro que no, querida! Pero vamos a lo que importa.

—Y lo que interesa es Ross, ¿verdad?

—Correcto, es Ross Warren. ¿Qué sabe de él?

—Muchas cosas. Se puede decir que todas, pesquisa.

Di un salto sobre el asiento, tomé el vaso y empecé a beber hasta casi apurar el líquido que contenía.

CAPÍTULO III

—¿Cómo sabe eso? —pregunté sin poder contenerme y apenas dejé el vaso sobre la mesita.

Su respuesta fue de una sencillez que me abrumó.

—Ross me lo dijo, fisgón, ¿comprende? Es decir, no me dijo concretamente tal o cual detective privado. Simplemente me comunicó que pensaba contratar a alguno para que le sacara del lío en que se encontraba metido.

—¿Nada más?

—¿Puede haber algo más?

Me gustó el juego de palabras y contesté:

—Puede haber mucho, preciosa.

—¡Ah! Pero ¿de veras le parezco preciosa, pesquisa?

Repentinamente sentí deseos de terminar con aquello que a nada conducía y me puse en pie.

Maggie me miró con asombro y preguntó:

—¿A dónde va?

—Fuera. Me están esperando, ¿comprende?

—¿Una mujer?

—Precisamente una mujer.

—Sí, claro, debí suponerlo. Su secretaria es una muñeca muy linda, pesquisa. La he visto en las portadas de algunas revistas junto a usted.

—Eso no quiere decir que... Me interrumpió con un gesto.

—Dejemos eso, querido —dijo—, y hablemos de lo que importa.

Fingí un asombro que no sentía cuando repliqué, jugando al gato y al ratón, ya que aquello no era otra cosa:

—¿Y qué es lo que interesa, querida?

—Ross Warren. No te fías de él, ¿verdad?

—No —contesté sin mentir.

—¿Por qué?

—El pudo ser el asesino.

—¡Mentira! Ni siquiera conocía al muerto.

—¿No? Vamos, linda. Si es así, ¿por qué no me dio estas señas, su dirección, para que yo pudiera ponerme en contacto con él? Y no obstante, se fijó en las piernas de Lina.

—¿Y eso te duele?

—No. Nada más lejos de la realidad. A Linda hay que mirarla desde todos los ángulos imaginables y nunca se causa uno de hacerlo.

—Lo mismo pasó conmigo, ¿verdad?

In mente me confesé que sí, pero soslayé la respuesta con una pregunta que cambiaba radicalmente el rumbo de la conversación por aquellos derroteros que sólo servían para hacerme perder la cabeza:

—¿Dónde se encontraba tu amante cuando ocurrió el crimen? —pregunté, dándome cuenta por primera vez que nos estábamos tuteando sin damos cuenta.

Ella saltó del sillón en que se sentaba, descruzando las piernas.

—¡Cuernos, fígón! —estalló roja por la furia—. Quien te ha dicho eso te ha mentido.

—¿No es verdad?

—¡Vete al diablo, pesquisa! —exclamó más furiosamente aún—. A aquella hora Ross se encontraba conmigo. Puedo jurarlo delante de un tribunal si lo deseas.

—¿En tus brazos?

Y por no perder la costumbre, me sorprendió una vez más ya que cuando creía que iba a dar un nuevo estallido, replicó con voz suave y sonriéndome en violento contraste con las ocasiones anteriores:

—Ross no es mi amante, pesquisa.

—¿No?

—Desde luego que no —me miró fijamente, alargando la mano hasta que tanteando tomó el vaso y añadió—: ¿Qué vas a hacer respecto a esto? Le está persiguiendo la policía y no me gusta.

—Eso, querida, va a depender de ti.

Sin entenderme se levantó del sillón y vino a mi lado.

—Puedes...

La interrumpí.

—No va por ahí, linda —dije—. Va por las respuestas que puedas darme a mis preguntas. Comprendes, ¿verdad?

Se irguió, sus grandes y rasgados ojos intensamente azules se fijaron en los míos y vi que su desafiante mentón se levantaba un tanto.

—Pregúntame, cielo —dijo con aterradora frialdad a pesar de su cariñoso calificativo final.

—Además de ti misma, ¿qué otras mujeres había o hay en la vida de Ross?

Eché la cabeza atrás y a pesar de mi estupor empezó a reír. Luego abrió los brazos, como si con ellos quisiera abarcar el mundo entero, y contestó:

—¿Mujeres...? Cualquier mujer que no sea yo le causa a Ross mayor impresión, pesquisa, y puedes creerme porque te estoy diciendo la verdad.

No podía creerlo, pero su moreno e impasible rostro, como la momia de un faraón del Egipto milenario, la de Tuthamkamón pongo por caso, nada me dijo al respecto.

—Correcto, querida —contesté ya que nada podía decir en contra de su afirmación—, quedamos en que Ross, cuando se cometió el asesinato, se encontraba contigo. Ahora, sabiendo esto, ¿quieres decirme dónde trabaja?

No vaciló en darme la respuesta.

—En una empresa de importación allá por Twelfth Street y Pine. Acto seguido me dio las señas, tomé nota y volví a la carga.

—Prescindiendo de ti, ya que me lo has dicho, ¿alguna mujer?

—Ross no habla conmigo de sus conquistas, pesquisa. Era natural.

Ningún hombre lo haría con cualquier mujer con la que tuviera algo que ver. Yo tampoco lo hacía con Lina, por lo que contesté:

—Volvemos a parar al mismo sitio.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que esto parece un círculo vicioso. Empiezas a dar vueltas y más vueltas y acabas siempre en el mismo sitio. O quizá sea que yo no encamino bien mis preguntas. Tú, cielo, ¿qué piensas de todo esto?

Sonrió mostrándome sus dientes pequeños y blancos, exageradamente perfectos.

—Que quizá sea lo que tú dices, que no sabes preguntar —me lanzó una mirada de través y continuó—: Escucha, pesquisa, quiero que saques a Ross de este atolladero. Por eso te he traído aquí. Por eso voy a darte otros cinco mil dólares si averiguas quién asesinó a Tex Sheldon.

—¿Le conocías tú?

Agrandó los ojos hasta el paroxismo.

—No. No le había visto nunca.

Pensé en el teniente Marthyn cuando formulé la siguiente pregunta:

—¿Viste el cadáver?

—¿Por qué tenía que verlo, pesquisa?

—Y no le conocías, ¿verdad?

—¡Te he dicho que no!

Hizo una pausa y añadió mucho antes de que lograra interrumpirla:

—¿Piensas continuar? No vacilé.

—Voy a hacerlo, pequeña. Voy a seguir a pesar de que me estás mintiendo en todo.

—Pero..., pero...

Se levantó y se me acercó por segunda vez.

Al inclinarse sobre mí para ofrecirme los labios, musitó:

—No te he mentado, pesquisa. No debo hacerlo sí quiero que la policía no se lleve a Ross.

Me besó, correspondí a la caricia, y cuando un par de horas más tarde nos separamos, pregunté:

—¿Dónde nos veremos, preciosa?

Se pasó la mano por la hermosa mata de pelo rubio y sus inteligentes ojos azules me miraron de frente, mientras su bello rostro se iba coloreando suavemente.

—Me verás cuando lo desees en el «Bahía». Es un club nocturno de Warwick Room.

—Sé dónde está, aunque no he entrado nunca —me levanté y ella agrandó los ojos.

Correcto, te veré uno de estos días.

Me imitó, preguntando:

—¿Te vas ahora?

—Claro. Ya me he retrasado bastante. Te dije que me estaban esperando, ¿no?

—Sí, seguro. Pero me olvidé de ello. —Hizo una ligera pausa y añadió, preguntando por no perder la costumbre—: Es tu secretaria, ¿verdad?

—Sí, es ella. ¿Algo en contra?

—No, nada.

Me encaminé a la puerta y Maggie vino detrás. Junto a la misma me detuve, la miré, y formulé una pregunta:

—Aún no me has dicho cómo te llamas, preciosa. Se echó a reír con todas sus ganas y comentó:

—Es curioso, pesquisa. Lo más gracioso que me ha ocurrido en mucho tiempo. Vienes a mi casa, nos besamos, nos acariciamos, pasamos varias horas juntos, y yo tampoco sé cómo te llamas.

—¿No?

—No, claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Ross Warren te contó algunas cosas sobre mí. También pudo darte mi nombre, ¿verdad?

—Sí, desde luego que sí, pero no lo hizo.

—De acuerdo, preciosa —contesté—. No lo hizo. Por lo tanto, voy a decírtelo. Me llamo Phil Dexter. ¿Y tú?

—Maggie, Phil.

—¿Nada más?

—Para ti sólo Maggie —contestó.

—De acuerdo —dije—. ¿Y para los demás?

Su sonrisa me sacudió de pies a cabeza con la misma fuerza que un huracán.

—Margaret Owen, Phil. Ése es mi apellido.

Sin replicar tomé la llave y la hice girar dentro de la cerradura, abriendo la puerta. Maggie se me colgó al cuello por detrás y confieso que tuve que sacudírmela de encima o de lo contrario no me hubiera ido nunca de allí, a pesar de Warren y de cuantos Warren hubiera podido tropezarme en torno a ella.

—Buenas noches, Maggie —dije luego de haber cruzado el umbral.

Parada en medio de la puerta, con las largas y rizadas pestañas velando un tanto el embrujo de sus ojos azules, preguntó:

—Nos veremos en el «Bahía», ¿verdad?

—¿A pesar de Warren? —pregunté.

—Ni importa Warren ni tampoco esa hermosa muñeca que tienes por secretaria —replicó.

—¿Y si no voy?

—Te buscaré yo, querido. Aquello no era ir a ninguna parte.

Aquello era continuar jugando al gato y al ratón, por lo que decidido a cortarlo di media vuelta y me encaminé al ascensor, y pulsé el botón de llamada.

Tres minutos más tarde me encontraba en la calle, avanzando hacia el lugar donde había estacionado mi automóvil.

Pensaba en Maggie cuando tomé el volante y lo hice avanzar lentamente en dirección a mi apartamento.

Había perdido el tiempo con respecto a Ross Warren, pero lo había ganado con ella.

Ahora bien, aquello ¿serviría de algo?

Suponía que no.

Ella, quizá aleccionada por el propio Warren, había intentado seducirme con sus encantos de sirena y luego de lo ocurrido, al parecer era así, pero en desacuerdo con mis propios sentimientos.

¿Ir a verla al «Bahía»? Seguro que sí. ¿Trabajaba allí o era una simple cliente?

Fuera lo que fuese no me había decidido a preguntárselo, sabiendo que lo averiguaría tan pronto quisiera y por mis propios medios.

Ahora sólo sabía hacer una cosa: irme a dormir, esperar al día siguiente y hacerle una visita al teniente Marthyn. No me gustaba la perspectiva, pero no tenía más remedio que hacerlo.

Ante el mutismo de Pool, sólo me quedaba aquel camino.

Por otra parte, Margaret tampoco había querido decirme nada. Cuando le hablé de una mujer, de otra mujer a pesar de ella misma, me contestó con algo que no encajaba en modo alguno si se tenía en cuenta que era Warren el que se encargaba de su apartamento, lujoso y elegante en demasía.

Dejé de pensar en todo aquello tan pronta como dejé el coche en el garaje donde lo guardaba, y subí hasta mi apartamento empleando el ascensor.

Abrí la puerta y me encaminé al *living*.

Tampoco me equivoqué con Lina.

Envuelta en una *negligé* de nylon se levantó del sofá y vino a mis brazos sin pronunciar una sola palabra.

Después de besarnos fue cuando preguntó:

—¿Has cenado ya?

Y entonces me di cuenta que no lo había hecho y así se lo dije.

—Ven, te he preparado algo.

Me tomó del brazo y me condujo al pequeño comedorcito que Lina había convertido en algo de maravilla.

—Siéntate que enseguida cenaremos —dijo.

Lo que en otras palabras quería decir que ella tampoco lo había hecho, esperándome al objeto de hacerlo en mi compañía.

Sé lo agradecí en silencio, sintiéndome un tanto culpable.

Diez minutos más tarde regresó a mi lado después de haber ido a la cocina por todo lo necesario y nos pusimos a cenar en silencio.

Ya frente a dos tazas de café, con los cigarrillos encendidos, Lina rompió el silencio con una pregunta:

—¿Cómo te ha ido, pesquisa?

—Francamente mal —respondí sin una sola vacilación—. He hecho unas cuantas visitas y sólo he podido averiguar el lugar donde Warren trabaja. Es decir, el sitio donde calculo que colocaron en su coche el cadáver de Tex Sheldon.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con el teniente Marthyn.

—¿Queeee?

—Lo que has oído —respondí.

Abrió mucho sus grandes y rasgados ojos negros.

—No te entiendo, Phil Dexter.

—Eso ya me lo has dicho dos veces.

—¡Oh! ¿Nada más que dos veces? Pues me he quedado corta, querido. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Según mi opinión, debes hablar primero con los jefes de Warren. Puede que ellos te digan algo que te impida, por el momento, mostrarle tus cartas al teniente Marthyn.

Pensé rápidamente. Lina tenía razón.

Podía sacar algo en claro que me permitiera, si no adelantarme a mi amigo el teniente, sí ir tras sus pasos y luego tomarle la delantera si yo era tan listo como creía, modestia aparte.

Lina me interrumpió al llegar a este punto mis pensamientos.

—¿Puedo saber en qué estás pensando, querido?

—En lo que acabas de decir —contesté sin mentir—; y creo que llevas razón. Ella también pecó de inmodesta cuando replicó:

—¡Claro que la llevo! ¿Para qué crees que me sirve la cabeza sino para pensar por ti y por los dos juntos? ¡Vamos, querido pesquisa!

—Creí que sólo era para llevar esa hermosa mata de pelo negro y el sombrero, aparte de otras cosas que hay debajo de la misma —repliqué.

—¡Esto se pone interesante, Phil, amor! Vamos, continúa, por favor, y no te atranques ahí...

Se puso en pie se me acercó, y la tomé de la cintura para besarla. Era lo único que podía hacer por el momento.

CAPÍTULO IV

Olía a café y pan tostado cuando me lancé del lecho al suelo y fui a la ducha.

Después de mudarme de ropa y vestirme tomé el sombrero y me encaminé a la cocina. Como esperaba, Lina estaba allí, llevando una bata de seda larga hasta los pies, terminando de preparar el desayuno para los dos.

—¿Te falta mucho? —pregunté.

Se volvió para mirarme, me sonrió, y contestó:

—Ve al comedor, Phil, y espérame. Hice lo contrario.

Me acerqué, la tomé por la cintura, pero se zafó de mis brazos riendo.

—No seas... Vamos, Phil, déjame en paz ahora, o no voy a acabar nunca. Anda, ve al comedor y...

Logré besarla y abandoné la cocina, riendo a mi vez, mientras ella regresaba al lado del café.

Desayunamos y al terminar preguntó:

—¿Adónde vamos esta mañana, Phil?

Me encontraba pensando en Margaret Owen, la que no me acababa de convencer a pesar de todo, cuando respondí:

—Tú a la oficina, y yo a preguntar algunas cosas de Warren.

No protestó, por lo que media hora más tarde me encontraba conduciendo en dirección a Twelfth Street.

Detuve el coche en la zona de estacionamiento, procurando hacerlo cerca de su cruce con Pine, crucé la calzada, retrocedí un poco y a continuación miré al uniformado portero y pregunté:

—Desearía ver a míster Chick Morton. ¿Qué puedo hacer para conseguirlo?

—¿Le espera a usted? Sonreí.

—No. Ni siquiera me conoce.

—En ese caso deberá escribirle concertando una cita, y puede que lo consiga.

—Eso me llevaría mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí. Quizá un par de semanas en el mejor de los casos.

Pensando en Warren extraje un billete de cien dólares y se lo mostré.

—Haga lo que quiera, pero lógreme una entrevista con él, ahora mismo, y serán suyos. Retrocedió un par de pasos mirándome con aire digno y entonces ocurrió algo que no me había sucedido nunca.

Denegando con la cabeza dijo:

—Los empleados de esta casa no nos vendemos, ¿comprende? —vaciló unos segundos, vi en sus ojos el deseo de continuar con algo fuerte, pero lo que dijo fue—: Haga lo que le he dicho; escriba a míster Morton y ya recibirá contestación.

Vacilé unos segundos en los pros y contras que pudiera tener para mí el decir la verdad y finalmente lo hice pensando que nada podía perder y sí ganar bastante.

Aunque no fuera nada más que conseguir la entrevista con Morton.

—¿Y si le dijera que se trata de un asesinato? —pregunté.

Vi cómo, sin poderlo evitar, se sobresaltaba y esperé a que dijera algo. Fue muy poco.

Cuestión de un par o tres de segundos, y respondió:

—¿Un asesinato? —Debió comprenderlo de golpe, ya que se le demudó el rostro y acto seguido formuló otra pregunta—: ¿Es usted policía?

Por el momento no había inconveniente alguno en dejárselo creer, por lo que respondí:

—Supóngaselo por unos momentos. ¿Cambia eso las cosas?

—Espere un poco, por favor.

Dio media vuelta, desapareció por una de las puertas y adiviné que iba en busca de uno de los teléfonos interiores.

Tardó en regresar tres minutos escasos, y no venía solo. Vi a una muchacha a su lado, alta y bien formada, fascinante, pelirroja, y con unos ojos grandes y verdes como yo no había visto nunca.

Con una carrocería de importación.

Una mujer en fin, que me hizo olvidar a todas las demás, sin

exceptuar a Lina y a Maggie.

Estrecha la cintura, unas caderas como tampoco había visto dos, y unas piernas sin medias como jamás vi otras en el transcurso de mis veintisiete años.

Se me acercó curvando su roja y sensual boca en una sonrisa de bienvenida y preguntó luego de saludarme:

—Desea ver a míster Morton, ¿verdad?

—Sí, si puede ser —respondí llevándome la mano al sombrero para corresponder a mi saludo.

—Venga conmigo, por favor, míster Morton le está esperando.

Sospeché de tanta amabilidad y me pregunté si aquel magnate tenía miedo a la policía, y si era así, por qué, pero lo que dije fue:

—Gracias.

Seguí tras ella con los ojos fijos en el movimiento de sus caderas y piernas y me dije que con una mujer como aquélla, nada más verla, prescindiendo de Maggie y mi secretaria, la vida resultaba mucho más agradable.

Calculé mentalmente su edad cuando nos introducimos en el ascensor y me dije que apenas si tendría diecinueve años.

O quizá veinte.

Se lo hubiera preguntado de buena gana, pero no me atreví.

En silencio empezamos a subir y calculo que mediábamos el camino que debía llevamos al piso adonde íbamos cuando ella preguntó, sin abandonar ni por un segundo su fácil y bonita sonrisa:

—Se trata del asesinato de ese hombre, ¿verdad?

—¿De qué hombre? —pregunté a mi vez.

Vi el desconcierto en sus ojos, pero aquello duró poco, ya que casi al instante respondió:

—Lo leí en los periódicos —frunció el entrecejo haciendo una ligera pausa que no interrumpí, y añadió—: Se llamaba... Bueno, creo que Tex Sheldon, ¿no?

—Sí se llamaba así. —La miré fijamente y solté la pregunta justo en el momento en que el ascensor se detenía en el decimoctavo piso —: ¿Conoce a míster Ross Warren?

—¡Claro que sí! Trabaja en la casa.

Pronunció la palabra final al abandonar el ascensor y en aquel momento, exactamente como si no la hubiera oído, pregunté:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

De nuevo brilló el desconcierto en sus ojos mientras su boca se quedaba seria, pero también duró segundos pues volvió a sonreír casi al instante y contestó:

—Dora Cristian. ¿Por qué?

Me lancé a fondo cuando respondí:

—Porque me gustaría invitarla a cenar esta noche, *si* no tiene compromiso. Ahora no se desconcertó.

—¿No cree que va muy deprisa, polizonte? Le devolví la sonrisa y contesté:

—Nunca se va demasiado deprisa con una mujer hermosa. ¿Nos vemos esta noche? No contestó; dio media vuelta, empezó a andar y dijo:

—Sígueme, por favor.

Lo hice sin pronunciar palabra.

Unos segundos más tarde ambos nos deteníamos frente a una de las puertas de un ancho, largo y lujoso pasillo, mirándonos frente a frente sin pronunciar palabra.

Hasta que ella rompió el silencio.

—Es aquí —dijo innecesariamente—. Espere un momento. Entró sin más, dejándome solo.

Reapareció al cabo de unos segundos, diciendo:

—Puede pasar. Míster Morton le espera.

Se fue sin darme tiempo a responder, y lo que era peor, sin decirme si la vería aquella noche.

Me encogí de hombros pensando consoladoramente en el Bahía, o en su defecto en Lina, y llamé a la puerta con los nudillos.

—Adelante. Pase, por favor.

Allí todo el mundo pedía las cosas por favor, cosa a la que no estaba acostumbrado dentro de mi profesión.

Pensando irónicamente en ello empujé la hoja de madera y entré.

Chick Morton se encontraba sentado detrás de una mesa-despacho, moderna, estilo, funcional, y se levantó al verme.

Gordo, fofo, grasiento, sudando por todos los poros a pesar de su extrema elegancia en el vestir y a que la temperatura no era para sudar ni mucho menos, me dedicó una ancha sonrisa que puso una nota grotesca en su rostro de luna llena y, rodeando la mesa, vino a mi encuentro con la mano extendida.

Se la estreché formulándome una pregunta: la de si al salir de allí, tendría tanta cortesía como al recibirme.

Me contesté que no, mientras él decía:

—Siéntese, míster...

—Dexter. Phil Dexter, míster Norton.

—Bien, siéntese donde guste, míster Dexter. Lo hice y entonces preguntó:

—¿Cómo es que la policía vuelve por aquí? Sonreí, pero mi sonrisa era la del conejo.

—Eso no es extraño —contesté— si se tiene en cuenta que este caso aún no ha terminado.

—¿Ah, no?

Le miré fijamente, interrogativamente, y contesté:

—De ningún modo hasta que no tengamos al asesino.

—Creí que ya lo tenían. ¿O no es así? Era una finta.

Tal vez me lanzaba un guante. Por si era aquello último, lo recogí.

—¿Acaso se refiere a míster Warren? —pregunté.

—¿A quién sino? —preguntó a su vez.

—Sí, claro. Precisamente a míster Warren. Pero ¿por qué? —insistí dándole cuenta de que aquello se ponía interesante.

—Por la sencilla razón de que la historia que cuenta no tiene pies ni cabeza. Es de todo punto increíble eso de que mataran a un hombre llamado Sheldon y luego introdujeran el cadáver en el...

Le interrumpí en seco:

—¿Por qué no deja esas deducciones a la policía, míster Morton? Abrió los ojos con asombro y su voz sonó ronca cuando contestó:

—Sí, creo que sí. Pero entonces, si es para tratar de ello, ¿por qué ha venido, míster...?

Le interrumpí por segunda vez:

—Precisamente es para hablar de él, pero con una condición, míster Morton, que las preguntas las debe hacer yo.

Su rostro se coloreó como un tomate maduro.

—Correcto, míster Dexter —dijo con voz seca—. ¿Qué es lo que desea saber? O mejor dicho, ¿qué es lo que va a preguntar que sus compañeros no hayan preguntado ya?

Sonreí con suficiencia y contesté:

—De mujeres, míster Morton.

—¿Qué...?

—De mujeres. De ese bichito venenoso y sin embargo tan agradable, ¿no? De mujeres y de Warren. ¿Cuáles eran sus relaciones? ¿Había alguna en estas oficinas? ¿Y fuera de las mismas?

Morton frunció el ceño y replicó lentamente:

—¿Por qué no se lo pregunta a él? Comprenda, no acostumbro a fiscalizar los actos de mis empleados y empleadas, y mucho menos intervengo en sus vidas privadas...

—Creo que me ha comprendido mal —atajé fríamente—. No me refiero a eso, sino a que usted haya podido oír alguna cosa.

—¿Serviría de mucho?

—Concretamente, sí.

—Bueno, puede ser... —Vaciló unos segundos y añadió—: Dora Cristian ha salido varias veces con él.

Esto constituyó una gran sorpresa para mí, ya que no me cabía en la cabeza que una muchacha como Dora se dejara acompañar por un hombre como Warren, y respondí:

—¿Alguna otra?

—¿De aquí? Bueno, quizá sí, aunque yo no lo afirmaré. Eso, la que lo debe saber es Dora. Bueno, quiero decir, *miss* Cristian.

Me atreví a preguntar:

—¿Un *affaire* entre Cristian y Warren? ¿Un amante despechado que mató a Sheldon porque tal vez conocía a la muchacha mucho más de lo que es de suponer y que al saber que había traición lo liquidó, escondiendo el cadáver en el coche rojo con objeto de matar dos pájaros de un tiro?

Morton no respondió.

Se mantuvo pensativo durante varios segundos, hasta que finalmente rompió el silencio que nos embargaba diciendo:

—Todo es posible, pero que yo sepa, *miss* Cristian no mantiene un *affaire* con nadie.

No es eso lo que se comenta.

—Entonces, ¿qué?

—Sencillamente que ella y Warren son buenos amigos, pero nada más.

—¿Qué amistades tiene?

—Masculinas, ¿no?

—Exactamente.

—Es difícil saberlo, míster Dexter —contestó—. Warren es un hombre muy retraído, ¿comprende? Un trabajador modelo pero que no permite que nadie se inmiscuya en sus asuntos particulares. ¿Por qué no habla con él? ¿Desea que le llame?

—El interrogatorio de míster Warren ya se llevó a efecto en el Precinto, míster Morton —respondí un tanto secamente.

Hice una ligera pausa y añadí antes de que pudiera interrumpirme:

—¿Puedo hablar con *miss* Cristian?

—Si ella lo desea, sí. Compréndame, míster Dexter, como secretaria mía no puedo obligarla a ello. No obstante, si quiere que la llame...

Hice un gesto con la mano para interrumpirle y contesté:

—Olvídelo, míster Morton. Por ahora no deseo molestarla. Callé y ambos nos miramos en silencio.

Pensaba.

Sabía que poco o nada me quedaba que hacer allí. Sabía también que aquel interrogatorio había sido un fracaso.

Pregunté ahora:

—Usted, míster Morton, ¿conocía a Tex Sheldon?

—¡Cuernos, no! ¿Cómo se le ha ocurrido esa idea?

—¡Oh! Yo siempre suelo dar sorpresas —contesté sin modestia alguna. Vacilé ahora sin que él dijera nada, y añadí:

—Warren tiene que tener forzosamente relaciones con personas, sean éstas masculinas o femeninas... Quiero decir que usted...

Ahora el que me interrumpió fue él:

—Nada puedo decirle al respecto. Y créame que lamento no poder ayudarle más.

Se puso en pie y le imité, sabiendo que era una despedida. El magnate ya había perdido demasiado tiempo con un vil gusano como yo.

Pulsó uno de los botones que tenía sobre el tablero de la mesa y medio minuto más tarde la puerta se abrió, dando paso a Dora Cristian.

—¿Llamaba, míster Morton?

Era una pregunta estúpida, si se quiere, pero ella la formuló:

—Acompañe a míster Dexter hasta la puerta de la calle, *miss*

Cristian —dijo. Se me acercó, me tendió la mano y añadió:

—Le deseo suerte, al mismo tiempo que lamento no haberlo podido ayudar. Sonreí deseando desconcertarle.

—Ya de usted no afirmarí eso, míster Morton —dije.

—¿No? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que ya me ha ayudado bastante. Más de lo que usted pueda creer.

Me miró con asombro y continuó sonriendo, ahora de un modo algo burlón, mientras la hermosa pelirroja nos miraba alternativamente.

—¿Sí? ¿Y cómo, si puedo saberlo?

Dejé que mi sonrisa se ampliara unos segundos y contesté:

—No, no puedo decírsela, míster Norton, pero ha sido así —ladeé el rostro para mirar a Dora y pregunté—: ¿Nos vamos ya, *miss* Cristian?

—Ahora mismo, si lo desea.

Salimos sin pronunciar una palabra más.

CAPÍTULO V

En la puerta de la calle, muy cerca del uniformado portero que no se vendía, por lo menos por cien dólares, pregunté mirándome en las profundidades de sus hermosos y grandes ojos verdes:

—Necesito verla esta noche, señorita Cristian. ¿Cuándo vengo a recogerla?

—¿Cómo policía, míster Dexter?

—Si ha de ser así, sí —contesté fríamente. Vaciló unos segundos y al fin dijo:

—De acuerdo, venga a buscarme esta noche sobre las ocho. Es mi hora de salida y le estaré esperando.

—No le hace falta, pero sería conveniente que se pusiera más guapa que lo está ahora...

—¿Por usted? —me interrumpió sin perder su bonita sonrisa y abriendo mucho los ojos.

—Nada de eso —contesté—. Es por el solo hecho de que pienso llevarla a cenar al Bahía. Creo que hay unas atracciones que...

—Las he visto ya por lo menos un par de veces, ¿comprende? Buenas atracciones y mejores piernas. Allí, cualquier hombre tiene ocasión de verlas por docenas.

—Y... ¿son tan hermosas como las tuyas? Enrojeció un poco, pero contestó:

—Mejores que las mías no las verá nunca, polizante.

Me dejó frío, pero a pesar de ello, mentalmente le di la razón. Iba a decírselo cuando preguntó:

—¿Una cena oficial?

—Si no hay más remedio, sí.

—Correcto. Venga a buscarme. Y ahora, por favor, no me entretenga más. Al «ogro» no le gustaría.

Comprendiendo que se refería a Morton, le tendí la mano, que ella estrechó cordialmente, y me acerqué a mi coche.

Media hora más tarde entraba en el bar de Pool. Sin coche, claro, ya que se me ocurrió dejarlo estacionado frente a la puerta.

—¿Otra vez usted? Preguntó apenas verme. —¿Qué desea ahora? Consulté mi reloj de pulsera.

Mediodía.

Lina aún estaría en la oficina, por lo que me aparté de la barra, yendo a la cabina telefónica, diciendo:

—Póngame una lata de cerveza y un bocadillo de jamón.

Cerré a mi espalda la puerta de la cabina, tomé el auricular y empecé a discar.

—Agencia Dexter...

—Para, querida, que soy yo —dijo interrumpiéndola.

—¡Oh, Phil! —exclamó—. ¿De dónde sales?

—De concertar una cita con una pelirroja y para esta noche —contesté sin mentir. La oí dar un suspiro y luego, cuando creí que iba a «soltar» otra cosa, contestó:

—¿Cuándo es la boda?

—¡Qué cuernos...!

Su risa me interrumpió, y al segundo siguiente llegaron sus palabras:

—Espero que me invites, querido, y así tendré oportunidad de sacarle los ojos. Decidido a no continuar por aquel terreno, pregunté tan pronto como me dejó hablar:

—¿Alguna cosa de particular?

—Nada. Ni un cliente, ninguna llamada... Y... bueno, ¿vas a venir a buscarme?

—Dentro de media hora —dije, no deseando molestarla—. Espero que me invites a comer.

—Pero..., pero... Oye, ¿qué te has creído?

—¿Yo? Nada. Sé que el sueldo que te paga tu jefe es bastante elevado para que puedas invitar a cualquiera, aunque sólo sea un par de veces por semana, ¿no?

—De acuerdo, Phil —contestó risueña—. No pienso discutir contigo, y más si tengo en cuenta que hay cierta pelirroja de por medio.

Colgó antes de que pudiera darle una respuesta y regresé a la

barra.

Ante los ojos inquisitivos de Pool empecé a morder el pan con jamón, en silencio, desconcertándole con aquello que no esperaba ni mucho menos.

Terminé el bocadillo y empecé con la cerveza. Fue entonces cuando se decidió a formular una pregunta rompiendo el silencio que nos rodeaba y que ya se estaba haciendo pesado:

—¿Quiere decirme qué es lo que busca aquí? Se había puesto nervioso.

Me hizo gracia la cosa y sonreí.

—¿Tengo cara de buscar o desear algo, Pool? —pregunté—. Al parecer, lo que deseaba era un bocadillo y una cerveza, y lo tengo ya, ¿no?

—Sí, claro que sí. Pero a mí no me engaña. Usted vino por algo relacionado con Warren ¿verdad?

—Aunque así fuera, ¿adelantaría algo con preguntarle a usted?

—No. Desde luego que no, ya que nada sé.

—¿Lo ve usted?

Sin esperar su respuesta me llevé la lata a la boca, apuré la cerveza y deposité un dólar sobre el mostrador, sin pronunciar una sola palabra.

Lo tomó con gesto dubitativo, esperé el cambio, me lo dio, y ante su sorpresa abandoné el establecimiento, en silencio, sin despedirme, y dejándole nervioso porque las cosas no se habían desarrollado como esperaba tan pronto me vio entrar.

Sesenta minutos más tarde me encontraba sentado frente a Lina comiendo y charlando, haciendo cábalas y más cábalas sobre lo que había ocurrido y lo que era posible que sucediera más adelante.

La dejé en la oficina y le dije que me iba a dormir un poco, que la llamaría a la tarde por si había ocurrido algo, pero que no me molestara pasara lo que pasase. Ella no debía de saber dónde me encontraba, aunque se prendiera fuego a la oficina.

Dijo que así lo haría y nos separamos.

E hice lo que había pensado. Me fui a dormir, pero a las seis y treinta de la tarde me encontraba de nuevo en pie, con el auricular del teléfono en la mano, distando.

Lina se puso casi al instante.

Debía estar esperando mi llamada, ya que preguntó:

¿Eres tú?, querido pesquisas. Me reí.

No por nada, sino porque su voz sanaba suave, muy dulce, exageradamente amable, lo que para mí significaba que Lina se hallaba enormemente excitada.

—Sí soy yo —contesté—. ¿Ocurre algo?

Hubo una pausa que duró unos segundos y contestó:

—Míster Warren se encuentra aquí, en su despacho. Le está esperando, y muy furioso por cierto.

—¿Por qué? —pregunté aun sabiendo la respuesta que me iba a dar.

—Dice que quiere hablar con usted, que ha estado investigando su vida dentro de la empresa en que trabaja y *que* eso no se lo consiente. Desea... Bueno, míster Dexter —continuó siguiendo la consigna que sin consultarnos nos habíamos trazado de no tutearnos cuando alguien estuviera presente o cuando nos pudieran oír, y prosiguió—: Dice que va a partirle el alma tan pronto como se lo tropiece.

—¿Nada más, querida?

—¿Le parece poco?

—Ni poco ni mucho, Lina —contesté, haciendo una pausa para luego preguntar:

—¿Puede oírnos?

—No. Creo que no.

—Cerciórese de ello y dígamelo.

Claramente oí que depositaba el auricular sobre la mesa de su despacho y adiviné que con cualquier excusa iba a entrar en el mía.

Los segundos transcurrieron con una lentitud desesperante y luego, aún más pesados, pasaron un par de minutos.

Fue entonces cuando oí su voz.

—Está leyendo una revista y me ha preguntado si era usted el que telefoneaba. Le he dicho que no, que era un cliente como él mismo. ¿Qué hago?

—Simplemente que se espere, Lina. Ya se cansará.

—Una de estas dos cosas —contesté burlonamente—: Que intente conquistarla a usted o que se marche echando pestes.

—¡Oh, Phil! Pero ¿de veras desea usted que eso ocurra? ¿No le asesinaría más tarde? Tenga en cuenta que si me dice lo contrario, me voy a sentir terriblemente decepcionada.

Me entraron ganas de enviarla lejos de allí, pero no lo hice. Simplemente contesté:

—Dígale a Warren que puede irse, ya que no e devolver a la oficina esta tarde.

—¿Por su cita con la pelirroja? ¿Es muy hermosa, querido? ¿Más que yo?

—¿Qué ocurriría si afirmara que es así?

—¡Oh! Pues..., pues..., me entraría un ataque de celos, Phil. ¡Y no sabe cuán celosa llego a ser en un momento determinado!

—De acuerdo, querida —contesté—. Ya la invitaré a mi boda con ella, si me acepta, claro, aunque sea como madrina.

—¡Phil! Es usted un..., un...

Colgué riendo antes de que completara la frase, terminé de arreglarme, tomé la automática, la coloqué en la funda bajo mi axila, y pensando en el teniente Marthyn salí a la calle, empuñé el volante y conduje hacia las oficinas de Warren en Twelfth Street.

Exactamente lo mismo que la vez anterior, estacioné entre aquélla y Pine y me dispuse a esperar consultando de paso mi reloj.

Las siete y cincuenta y cinco minutos.

Cinco minutos. Muy poco tiempo. Demasiado poco para empezar a pensar certero en lo que iba a decirle a ella, ya que parte del camino, como he dicho, transcurrió para mí pensando en cierto teniente del Departamento de Homicidios de Filadelfia.

Un teniente que no me tenía mucha simpatía.

Repentinamente vi que empezaban a salir los empleados. Mujeres y hombres. Encendí un cigarrillo con los ojos fijos en la puerta, hasta que la vi.

La escotada blusa, la corta y acampanada falda, y las fantásticas piernas cubiertas de nylon y los pies calzados con zapatos de alto tacón.

La misma ropa que llevaba puesta aquella mañana cuando la vi por primera vez, y habíamos quedado que tenía que cambiarse ya que iba a llevarla al Bahía.

Se detuvo en el centro de la acera, saludó a alguna de sus compañeras de trabajo y luego, ya completamente sola, miró a lo largo de la calle, en ambos sentidos.

Embragué y conduje lentamente hasta llegar a su lado.

—¿Sube? —pregunté sacando la cabeza por la ventanilla.

Dora Cristian ladeó la suya, hermosa y griega, para mirarme y me sonrió.

—Creí que me había dado plantón, polizonte —dijo acercándose—. Claro que subo. Aunque sea de un modo oficial, ningún policía me invitó nunca a bailar y mucho menos a cenar.

—Es una experiencia nueva, ¿no? —pregunté en tanto abría la portezuela.

Sin perder su bonita sonrisa subió, y entonces supe que no me había equivocado respecto a sus piernas.

—¿Adónde la llevo, querida? —pregunté cuando se hubo acomodado a mi lado.

—A mi apartamento —respondió sin vacilar, lo que me sorprendió y no poco—. Vivo en la Calle 30, cerca de la estación. ¿Nos vamos?

Puse el coche en marcha y comenté:

—Creí que íbamos a cenar a alguna parte.

—¡Claro que vamos a hacerlo! En el Bahía, tal y coma quedamos. Pero debo cambiarme, ¿no es así?

—Sí. Por lo menos es lo que dijimos. Le lancé una fugaz mirada y añadí:

—Si desea fumar, querida, en el bolsillo de esa portezuela encontrará cigarrillos. No contestó, pero introdujo la mano en aquél y extrajo el paquete.

Dora encendió dos y me puso uno en la boca. Di las gracias e hicimos el recorrido en silencio.

Ya frente a la puerta de su apartamento, en el número 780 de dicha calle, piso dieciocho, Dora me miró con el semblante un tanto enrojecido, vacilando.

Finalmente se decidió, extrajo la llave del bolso y la abrió. Entró primero, se apartó a un lado y dijo en un susurro:

—Vamos, pues.

Lo hice, cerró a nuestra espalda y me condujo al saloncito.

—Síntese y perdone si no le ofrezco algo de beber mientras espera. No... no tengo alcohol en casa.

Su rostro se coloreó aún más cuando añadió tras una ligera pausa:

—No acostumbro a invitar a hombres en mi apartamento. Prácticamente es usted el primero.

Devolví la sonrisa que me dedicaba, con otra, y contesté:

—¿Debo estar agradecido, señorita Cristian?

Su bello rostro de cabello de fuego se coloreó aún más mientras ahora se mostraba completamente serio.

—Sí, debe estarlo. Ah, y para lo sucesivo, llámeme Dora. Y ahora perdone. Debo cambiarme si no queremos hacer tarde. Me gusta ver actuar a Maggie Owen.

Me helé.

Al salir de mi estupor pregunté, cuando ella ya estalla llegando a uña de las puertas situadas al fondo del saloncito:

—¿La conoce?

—La he visto actuar algunas veces, polizante, y otras acompañada de Warren. ¿No era eso lo que deseaba preguntarme? ¿Los movimientos de él?

No me dio tiempo a contestar. Cruzó la puerta y desapareció de mi vida dejando en mi mente un extraño e insatisfecho deseo.

Regresó al cabo de media hora, sonriendo como siempre, y me puse en pie nada más verla.

Fascinante.

Sí, creo que aquélla era la palabra exacta para definirla. Se había vestido de tiros largos.

El vestido, de lamé, bordado de lentejuelas, le llegaba hasta los pies, estrecho, exageradamente estrecho como una segunda piel con muy poco por delante y nada en la espalda, por lo menos hasta la cintura.

Esto no lo vi, pero lo adiviné.

Sus redondos y morenos hombros, y la espalda, iban cubiertos con una estola que se me antojó de visón y mentalmente me sorprendí preguntándome quién habría pagado todo aquel lujo.

Ella me había dicho que en su apartamento no había ninguna clase de licor, que no recibía visitas masculinas...

—¿Nos vamos, polizante?

Empecé a acercarme a ella con los ojos brillantes.

Sé que lo adiviné mucho antes de que lo dijera, quizá mucho antes de que pronunciara las palabras, pero no hizo, nada por evitarlo ni retrocedió un solo paso.

—¡Diablos! —dije muy cerca ya—. Voy..., voy a besarla a usted, Dora.

La tomé por la cintura y me incliné sobre sus labios, que besé. Y me sorprendí cuando correspondió al bese con una extraña dulzura que, además de asombrarme, me desconcertó.

Una chiquilla que sabía vestir.

Una joven que sabía besar, a pesar de que no se trataba mucho con hombres, según sus propias palabras.

Al terminar con la caricia, con los verdes y grandes ojos chispeantes, Dora me prendió del brazo con entera confianza y tiró de mí.

—Vámonos —dijo sencillamente. Abandonamos el apartamento.

En el interior del coche, conduciendo ahora hacia el Bahía, Dora rompió mis pensamientos con una pregunta:

—Ese beso, Phil, ¿significa una petición de matrimonio?

Estuve a punto de perder el control del automóvil, lo que hubiera sido un desastre a causa del intenso tráfico a aquella hora.

«¡Diablos! —pensé—. ¿Por qué será que a todas las mujeres les da por desear lo mismo?».

Pero lo que dije fue:

—No, querida, ¿por qué había de serlo? Sonrió y sus ojos chispearon.

Lo vi por el espejo retrovisor, y a continuación contestó:

—Es usted la decepción personificada, Phil —dijo—. ¡Con lo que «viste» tener un novio policía!

—¿De verdad lo cree usted así? —pregunté pensando en el teniente Marthyn. La miré de nuevo y puse mi atención en el tráfico de la calle.

—Yo no. De ningún modo.

Se retrepó sobre el respaldo del asiento, suspiró y contestó:

—Lo que le he dicho, Phil, es usted en extremo decepcionante. Y no obstante..., casi estoy por anunciar nuestro noviazgo de forma oficial.

Pensé en Maggie, en Lina, y callé. Era mejor así.

Diez minutos más tarde detuve el «Caravelle» frente a la puerta del Bahía, abrí la portezuela para que descendiera y cruzamos la calle, Dora llevándome del brazo, y entramos.

Había bastante público.

Hombres y mujeres que bailaban en la encerada y circular pista, la barra al fondo, casi cubierta de bebedores, y las mesas.

Escaso público en ellas.

Comprendiendo que la mayoría estarían cubiertas por los bailarines lancé una mirada alrededor, pero ya no hacía falta. El jefe de mesas se acercaba a nosotros con una untuosa sonrisa.

—Buenas noches —saludó inclinándose hacia Dora, en ademán de saludo—. ¿Desean una mesa?

—Sí —contesté—. Y si puede ser, cerca de la pista. Nos llevó a una y nos sentamos.

Dora pidió dos aperitivos y entremeses, y luego encargó la cena y el vino con una precisión asombrosa que me desconcertó aún más de lo que ya estaba.

Maggie me había parecido una dama y resultaba que actuaba en el Bahía y no me había mentado cuando me habló de Warren.

No me había engañado en un punto, o tal vez en algunos. Pero sí lo había hecho con respecto a las relaciones que la unían con aquél.

En cuanto a Dora...

Parecía una secretaria. Mejor dicho, era una secretaria de un magnate de la importación. Una muchacha de no más de veinte años, a lo sumo, si es que en realidad los tenía.

En fin, una empleada que vestía y sabía comportarse como una dama. ¿Por qué?

¿Quién era ella en realidad?

Al llegar a este punto de mis pensamientos, Dora me interrumpió con una pregunta:

—¿En qué piensa, Phil? ¿En el interrogatorio a que va a someterme tan pronto acabe la cena?

Además de hermosa, era inteligente. Había comprendido mi intención, y no ahora, sino desde el principio, y no obstante, había respondido al mismo dejándose acompañar y besar por mí.

¿Por qué?

—Efectivamente. Estaba pensando en usted pero no en ese sentido, querida —contesté, diciendo la verdad.

—Entonces, ¿cómo una posible candidata a entrar en su corazón de una forma definitiva?

La miré.

Sus ojos y su boca reían.

Me gustaba el juego y contesté:

—¿Qué contestaría si se lo propusiera, Dora?

Sus pelirrojas pestañas velaron un tanto el embrujo de sus ojos verdes y su rostro se coloreó un poco.

—Diría que sí.

—¿Así? ¿De sopetón? ¡Me sorprende usted, Dora!

—Yo también estoy sorprendida, pero lo haría.

—¿Por qué?

Sus dientecillos blancos y perfectos brillaron al conjuro de una nueva y ahora maliciosa sonrisa.

—Nunca tuve novio, polizonte. Y tanto si me cree como si no, usted ha sido el primer hombre que ha entrado en mi apartamento y también el primero que me ha besado.

—¿Le gustó la experiencia?

Su rostro se volvió escarlata, pero no desvió sus ojos de los míos cuando contestó:

—Sí.

Tomó el vaso para beber mientras yo quedaba nuevamente de una pieza.

CAPÍTULO VI

Hice la pregunta mientras la mantenía en el centro de la pista, sujeta por la cintura, bailando:

—¿Me contestaría a una pregunta si se la hiciera, Dora?

—Una futura esposa debe contestar siempre a las preguntas de su prometido, ¿no? Continuaba burlándose de mí a cada segundo que transcurría, y me gustaba mucho más aquel juego olvidado completamente de Lina y de Margaret Owen. Sí, mucho, muchísimo más.

—De acuerdo, querida —dije—. Se trata, como habrá supuesto, de Warren. ¿Qué relaciones le unen a Maggie Owen? ¿Lo sabe?

Me miró con tal intensidad que me hizo estremecer.

—La verdad es que no lo sé —respondió.

—¿Sabe algo de un hombre llamado Sheldon?

Ahora la que se estremeció entre mis brazos fue Dora. Claramente vi que vacilaba y apremié:

—Recuerde, querida, que una novia debe contestar a su prometido con la verdad. ¿Es o no es así?

Sonriendo, replicó:

—Sí, creo que sí —ante mi estupor me besó fugazmente en los labios y añadió—: Le vi algunas veces en las oficinas.

Hice el mayor esfuerzo de mi vida para controlar los nervios y pregunté:

—¿Se relacionaba con Morton o con Warren? Dora denegó con la cabeza antes de contestar:

—No lo sé. Desde luego, jamás les vi juntos.

—¿Cómo sabe de qué hombre le estoy hablando, querida?

—¿Y usted es policía? —preguntó a su vez—. De ello se encargó la Prensa, ya que su fotografía apareció en la primera plana de

todos los periódicos de Filadelfia. ¿O acaso no lo sabe? Siendo así, como comprenderá, el reconocerle, viéndola, no era un trabajo de gigantes. ¿Satisfecho?

—Sólo en parte —contesté.

—¿Sí? Entonces, ¿qué se le ocurre ahora?

—Tal vez la pregunta más difícil e indiscreta, Dora —repliqué—. Sus relaciones con él.

¿Le conocía?

—No, Phil, querido. Sólo le vi, como le he dicho, un par de veces, a lo sumo tres. Por esa parte eso es todo. —Hizo una pausa y agregó—: Es decir, si a usted no se le ocurre algo más.

No contesté y continuamos bailando en silencio por espacio de uno o dos minutos, hasta que en una de las vueltas sus rizos pelirrojos rozaron mi rostro.

Su suave y cosquilleante contacto me enervó y acto seguido la besé en una de sus orejas rematadas con caros pendientes de diamantes.

No dijo nada, pero se volvió a mirarme y volví a besarla, ahora en los labios. Respondió apartándose casi en el acto.

Su voz era ronca cuando dijo:

—Por favor, Phil, no lo haga más. No estoy acostumbrada, ¿comprende?

No quise decir que había empezado a hacerlo, ya que era de muy mal gusto, y callé.

El bailable terminó y lentamente, llevándola yo de la cintura, sin que protestara por la confianza, nos acercamos a la mesa y nos sentamos.

Dora rompió el silencio con una pregunta:

—No le he servido de mucha ayuda, ¿verdad?

—Ha hecho lo que ha podido y le estoy agradecido —respondí—. Tanto por eso como por dejarse acompañar por mí durante esta noche.

Lo echó a broma y contestó:

—¡Phil! Pero ¿qué es lo que ocurre con usted? ¿Agradecido? Yo soy la que debo estarlo. Una chica no tiene todos los días la suerte de encontrar un novio policía.

—Por favor, Dora —contesté, pensando en lo que ella diría cuando supiera que sólo era un detective privado que estaba dando

palos de ciego exactamente como si tuviera la cabeza llena de aserrín—. ¡Que hasta yo mismo me lo voy a creer!

—¿Y eso le molestaría, Phil? ¡Con unas piernas como las mías y con esta fachada!

En aquel momento alguien dijo algo desde no sé dónde y a través de no sé qué, y las luces se apagaron interrumpiendo mi respuesta.

La orquesta empezó a tocar y casi al instante tuve la plena certeza de saber lo que iba a ver a continuación.

No me equivoqué.

Maggie Owen apareció de pronto, siendo iluminada por el reflector. Casi en el acto tomó el micrófono y empezó a cantar.

No recuerdo qué canción, pero sé que su tonadilla no la olvidaría jamás.

Vestía de negro hasta los pies, con la particularidad de que el vestido estaba abierto por delante desde la cintura hasta el filo de sus zapatos de alto tacón.

Vi brillar su pierna derecha en su totalidad, envuelta en malla negra, y su canción me enervó cuando, seguida por el cable del micrófono, continuó cantando por entre las mesas, moviéndose al compás de la música, lo mismo que una serpiente, hasta que se detuvo frente a la nuestra, y el reflector nos iluminó a los tres.

Y nada en su bello rostro me dijo lo que en realidad pensaba.

Acababa de preguntarme: esto cuando continuó su camino hasta terminar su actuación en el centro de la encerada pista, entre una salva de aplausos.

Saludó varias veces mientras Dora y yo aplaudíamos a rabiar y luego, cuando me encontraba seguro de que iría sin más, las luces se encendieron y Margaret colocó el micrófono sobre su soporte y, acto seguido, sonriendo, vino hacia nosotros y cuando ya Dora comentaba:

—Es muy hermosa, y sabe la que quiere. Además, sabe cantar y moverse. Es el to...

Se interrumpió, dándose cuenta por primera vez que venía rectamente hacia nuestra mesa y me puse en pie para recibirla.

Me tendió la mano mientras que una vez más, por la abertura del vestido, quedaba ante mis ojos la maravilla de su pierna derecha envuelta en malla negra.

Sin querer hacer comparaciones le estreché la mano sonriendo.

—Miss Dora Cristian, una amiga mía —presenté.

Me volví a mirar a Dora y añadí:

—Miss Owen, también otra amiga mía, Dora.

Le tendió la mano a Dora, sonriendo, y contestó:

—Ya nos conocíamos, querido, aunque sólo fuera de vista. ¿No es verdad, *miss* Cristian?

—Exactamente —contestó Dora correspondiendo al saludo y devolviéndole la sonrisa.

Luego nos sentamos los tres, y después de mirarnos unos segundos en silencio, la propia Maggie lo rompió con un comentario:

—Confieso que no esperaba verte por el Bahía, Phil. Y mucho menos en tan buena compañía. Ha sido para mí toda una sorpresa.

Dora fue la que dio la respuesta, con los ojos más brillantes que nunca:

—¡Oh, querida! ¡Si incluso estoy tratando de que nos casemos, pero Phil, al parecer, lo toma a broma! ¿Por qué no trata de convencerle usted, Maggie?

Ambas se miraron, se volvieron hacia mí y estallar en una carcajada. Me sentó mal.

Se estaban burlando de mí por partida doble.

Pero me callé. Cuando dos mujeres hermosas, solteras, con todo lo que Maggie y aquella Dora tenían sobre sí mismas, era mucho mejor hacerlo así.

Mis reflexiones las cortó Maggie con una pregunta que me sorprendió, que trocaba la broma de sus palabras anteriores con algo bien diferente:

—Dime, Phil, ¿has venido solo por el placer de acompañar a *miss* Cristian o hay algo más?

No desprecié la ocasión que me brindaba y contesté con otra:

—¿Qué es lo que podía haber que no fuera eso, Maggie?

—¡Oh! Tal vez un nuevo deseo de hacerme más preguntas, ¿no?

—Ahora que lo mencionas —repliqué con perfecta calma—, sí que podría formularte algunas. O quizá una sola. ¿Puedo?

—¿No has venido para eso?

—No, aunque no me creas. —Hice una pausa y la formulé—: Se trata de tus relaciones con Ross Warren. Me gustaría saber cuáles

eran, pero la verdad.

—¿Es que no crees lo que te conté, Phil?

—No, no lo creo. Ni poco ni mucho. Adiviné su intención.

Deseaba ponerse en pie y marcharse con aires de reina ofendida, pero volvió a sorprenderme, pues no lo hizo.

—No tengo más que agregar, Phil, te dije la verdad.

—Sé que te ha acompañado a muchos lugares, Maggie. Incluso aquí mismo, en el Bahía.

Me dedicó una sonrisa mientras que Dora nos miraba alternativamente y en silencio.

—Eso, Phil, creo que también te lo expliqué en el momento oportuno —dijo con perfecta calma.

—Correcto, lo hiciste, querida, y por el momento ambos estamos conformes con ello. Ahora, ¿quieres decirme si viste alguna vez a Warren con Tex Sheldon?

Arqueó una ceja.

—¿No me lo has preguntado ya, querido? —preguntó llena de inocencia.

—No lo recuerdo. Pero aunque sea así —dije—, hazte cuenta que lo vuelvo a preguntar ahora.

—No le he visto, Phil, no le conocía.

Tomé mi vaso y bebí, mientras ella se ponía en pie diciendo:

—Perdonad, pero tengo que actuar de nuevo.

Se fue dejándonos solos e hizo lo que había dicho.

Cantó de nuevo. Volvió a hacerlo un par de veces más y cuando desapareció de nuestra vista ya no la volvimos a ver, por lo menos en el Bahía.

Dora fue la que hizo un comentario al respecto cuando la llevaba del brazo en dirección al coche, luego de haber terminado el espectáculo y el baile, sobre las tres de la madrugada.

—Es extraño, Phil.

Ladeé la cabeza para mirarla.

—¿Qué es lo que encuentras raro, preciosa?

De nuevo vi el humor brillando en sus magníficos ojos verdes, pero no replicó como yo esperaba, sino que dijo:

—Maggie... Ha sido extraño el modo cómo se ha despedido de nosotros. Sonreí soltando su brazo para abrir la portezuela del coche.

—Creo que no tiene nada de particular. Simplemente se encontraba cansada y se fue —contesté.

—Si usted lo dice... —replicó, no muy convencida. No contesté.

Tomé el volante y conduje hasta su apartamento, sin que ninguno pronunciáramos ni una sola palabra.

Lo hizo ella tan pronto como estacioné el coche frente a la puerta.

—¿Volveremos a vernos, Phil?

—¿Lo desea usted, Dora? —pregunté a mi vez, mientras que por primera vez en toda la noche el pensamiento de Lina surgía en mi mente.

Sonrió con su misma bonita sonrisa de siempre.

—Ésa es una pregunta capciosa, Phil —contestó, con la mano sobre la manija de la portezuela.

—Sí, creo que sí —la miré fijamente, me incliné sobre ella sin que se apartara y añadí—. La respuesta a su pregunta es sí, Dora. Iré a buscarla cualquier día de éstos.

Fue entonces cuando la besé, notando que ella me correspondía con la misma suavidad que había empleado antes.

Al separarse de mis brazos musitó:

—Gracias, Phil, ha sido una noche maravillosa.

Descendió del coche y esperé hasta que hubo entrado en el edificio, pensando que ahora no me había invitado a hacerlo con ella.

Me encogí de hombros, embragué y tomé el camino de mi apartamento.

Vi el «Jaguar» rojo apenas entré en la calle, estacionado junto a una bomba de incendios, lugar prohibido, y pensé que a Ross Warren no le importaba una multa más o menos. También deduje que debía de estar muy nervioso cuando lo dejaba allí, un poco más arriba de la puerta del edificio donde tenía mi apartamento, para esperarme después de las palabras que debió decirle Lina a raíz de nuestra conversación telefónica.

Detuve el mío detrás, descendí y me acerqué. Miré el interior.

El coche no estaba vacío.

Caído sobre el volante, con un tiro en medio de la cabeza, se encontraba Ross Warren. A su lado, hecha un ovillo en el suelo, vi la hermosa mata de pelo de Lina, y todo lo demás.

Se me revolvió el estómago.

Se me descompuso y por espacio de varios segundos deseé encontrarme a miles de millas de allí mientras escenas del pasado, siempre con ella, pasaban por mi mente a velocidad infernal.

No abrí la portezuela. No toqué nada.

Lentamente, notando que las ráfagas de odio se iban apoderando de mí, retrocedí hasta el «Caravelle», tomé el volante y conduje lentamente hasta detenerlo frente a la puerta que daba acceso a la escalera que debía conducirme al piso donde tenía instalado mi apartamento.

Utilicé el ascensor, entré, y me encaminé directamente a la sala de estar, lugar donde estaba el teléfono.

Unos segundos más tarde, atontado aún, me encontré preguntando:

—¿Precinto de policía...?

—Con el teniente Marthyn. Deseo hablar con él.

—No está. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, claro. —Esboqué una mueca irónica y añadí—: Quiero denunciar dos asesinatos, agente.

Hubo unos segundos de silencio, una maldición, y de suevo oí la voz. Una voz desconocida para mí.

—A ver, repita eso.

Me entraron ganas de reír, pero no lo hice.

—Ya me ha oído. Por tanto, no pierda más el tiempo en tratar de localizar la llamada, ya que lo estoy haciendo desde mi apartamento y no pienso abandonarlo por el momento.

—Di la dirección y continúe. —Los dos muertos se encuentran en la calle, en el interior de uno de esos veloces convertibles. Un «Jaguar» pintado en rojo. El hombre se llamaba Ross Warren y la mujer era mi secretaria.

Colgué antes de oír la respuesta, sabiendo la que iba a ser. Se iban a limitar a pedirme con malos modos que no me moviera de allí. Sabía que me iban a amenazar, ignorando que no iba a hacerlo en modo alguno.

Deseaba hablar con el teniente Marthyn, seguro como estaba que cuando supiera el nombre del que había formulado la denuncia se presentaría en unión de sus hombres.

Lo haría aunque estuviera en cama con pulmonía doble.

Colgué lentamente, me encaminé al frigorífico, escancié *whisky* con un poco de soda en un vaso con un par de cubitos de hielo y, notando que empezaba a transpirar, me dejé caer sobre el sofá y miré alrededor.

Aquello fue relativamente peor.

Cada cosa, cada detalle, por insignificante que fuera, me recordaba a Lina, olvidándolo todo.

Procuré no pensar en aquello.

Vano empeño, ya que continué haciéndolo hasta que el sonido de las sirenas y de la policía y de la ambulancia me dijeron, sin lugar a dudas, que el teniente Marthyn estaba entrando en la calle.

Bebí un trago sin moverme del sofá.

No deseaba salir de allí. No deseaba en modo alguno ver cómo se llevaban a Lina a la Morgue.

No quería nada más aquella noche, como no fuera asesinar al que había hecho aquello. Y ahora no iba a pedir un solo centavo a cambio.

Repentinamente les oí subir por la escalera, deposité el vaso sobre la mesita que había a mi lado, me puse en pie y abandoné el saloncito para, a continuación, acercarme a la puerta de salida.

Llegaba cuando empezaron a llamar.

Abrí sin una sola vacilación, dándome de manos a boca con el teniente Marthyn, del Departamento de Homicidios.

Alto, grueso, de irnos cincuenta años de edad. Ojos grises y pelo blanco, era uno de los hombres más terribles de su Departamento.

Me aparté de la puerta para dejarle pasar, en unión de los tres uniformados policías que le daban escolta.

No lo hizo.

Simplemente me dedicó una sonrisa y habló:

—Vamos, Dexter. Usted se viene con nosotros.

—¿Sí? ¿Por qué?

Sonrió por segunda vez, lo mismo que pudiera hacerlo una serpiente cobra si ésta supiera sonreír.

—Se lo diré por el camino. ¿Nos vamos? Me esperaba una mala noche. Eso era todo. Procuré sonreír a mi vez y contesté:

—De acuerdo, teniente. Vámonos, pero de antemano le digo que esto va a costarle un disgusto.

—¿De verdad? —rió burlonamente. Se volvió a sus hombres y

añadió—: Lleváoslo. Yo me quedo aquí unos minutos. Eso quiere decir que una vez en el Precinto debéis esperarme. ¡Ah! No le dejéis telefonear a nadie.

No contesté a aquello ni lo hizo ninguno de sus hombres. Se limitaron a avanzar hacia mí, pero no les di tiempo a nada más.

Salí delante de todos.

Unos minutos más tarde el coche de la policía que me llevaba tomaba el camino del Precinto de policía.

Eran las doce de la noche cuando, después de una larga espera, me conducían al despacho del teniente Marthyn.

—Siéntese ahí, Dexter —dijo apenas estuve en su presencia.

Vi la lámpara con el foco de luz y en el acto supe lo que iba a hacer.

—¿Va a someterme al tercer grado, teniente? —pregunté, dejándome caer en el sillón que me indicaba.

Su semblante, duro como el de un halcón, permaneció inexpresivo cuando contestó:

—No, si me dice ahora mismo por qué mató a Warren y a su secretaria. Ella era su amante, ¿verdad?

Hice una mueca, dudé unos segundos y pregunté a mi vez:

—¿Algo más, teniente?

—Sencillamente la misma pregunta de antes, Dexter. ¿Por qué les mató? ¿Porque se citaba con Warren? ¿Por celos? ¿Un crimen pasional?

Le miré fijamente, pensando.

No me gustaba que el nombre de Dora se mezclara en aquel asunto, pero sabía que Marthyn no me soltaría sin hacerme pasar un mal rato, y en el mejor de los casos no lo haría hasta pasados unos días, exactamente como había hecho con el asesinado Warren, y me decidí.

Por tanto, respondí con otra pregunta:

—¿Qué le parece si le digo que puedo probar dónde estuve anoche, teniente?

—¿De veras? Vamos, físgón, ¡no me haga reír!

—En el Bahía. Desde allí fui al apartamento de la persona que me acompañaba y luego regresé al mío, completamente solo, para descubrir el cadáver de Warren y el de mi secretaria, ambos dentro de ese maldito «Jaguar» rojo. Al parecer, teniente, es sencillamente

un ataúd con ruedas y motor.

Arqueó una ceja, vaciló unos segundos y preguntó:

—¿Por qué no me cuenta otra cosa, Dexter? Conque el Bahía, ¿eh? ¿Y quién era la dama?

Me tocó vacilar a mí mientras multitud de dudas atenazaban mi mente.

Marthyn me la tenía jurada desde hacía mucho tiempo. Ahora me tenía en sus manos. Lina y Warren juntos, ambos muertos dentro del coche del primero, era un buen motivo para acusarme a mí de ello y llevarme a la cámara de gas.

Carecía completamente de ética lo que iba a decir, pero no tenía más remedio si quería pescar al tipo que hizo aquello con Lina.

¡La pobre y querida Lina!

Noté que me ahogaba y de un modo inconsciente el propio teniente Marthyn llegó en mi ayuda, preguntándome:

—¿No sabe quién era la dama, Dexter?

Sacudí la cabeza, vi la sonrisa de los dos policías que había situados en la puerta de salida y deseé borrarla de sus labios como no había ansiado nada en mi vida.

—Dora Cristian, secretaria particular de uno de los mayores exportadores de Filadelfia, teniente. Secretaria de míster Chick Morton.

No entendí su socarrona sonrisa ni aun después, cuando contestó:

—¿Es cierto eso?

—Escuche, teniente, el asunto ya me está cansando. No maté a Warren ni a mi secretaria y usted lo sabe. ¿Por qué en vez de hablar tanto no comprueba lo que le he dicho?

Al contestar, su sonrisa era la de un conejo:

—Voy a hacerlo, Dexter, y ahora mismo. Pero usted se va a quedar aquí, hasta que lo compruebe. Correcto ¿no?

Inicié una sonrisa.

—Correcto, sí —repliqué—. Pero tan pronto salga, voy a darle un disgusto, teniente.

No es mal amigo el que avisa, ¿verdad?

—¡Lléváoslo! Vamos, pronto.

Abandoné el despacho, lentamente, escoltado por los dos agentes.

CAPÍTULO VII

Dora se encontraba allí.

La vi apenas volver a entrar en el despacho del teniente, cosa de cuarenta y cinco minutos más tarde.

Dora no me sonrió y supuse por qué.

Ella me había tomado por policía; se lo hice creer durante toda la noche y ahora el teniente Marthyn le había dicho cuál era mi verdadera profesión. También le habría hablado de Lina, y aquello era aún peor, muchísimo peor.

Me acerqué sin sonreír, sin saludarla.

—Siéntese, Dexter.

—¿No va a soltarme, teniente?

—No antes de que hablemos un poco. —Miró a Dora y añadió—: Usted, señorita Cristian, puede irse si lo desea.

La vi sonreír.

Con la misma sonrisa de siempre. Y contestó:

—Me iré de aquí cuando míster Dexter se venga conmigo, teniente. Puedo esperarle fuera si es que le estorbo aquí.

Se miraron de frente, como dos gallos de pelea, y sin saber por qué, tuve compasión de Marthyn.

El teniente vaciló unos segundos antes de dar la respuesta y luego dijo lo que yo esperaba:

—Puede quedarse aquí mismo si lo desea, hasta que termine, señorita Cristian. El tiempo de descanso para usted, corre de su cuenta.

Le entendió perfectamente, ya que contestó:

—Por mí no se apresure si no lo desea, teniente. No tengo sueño. Y si lo supiera, creo que se asombraría al saber el tiempo que soy capaz de estar sin dormir.

Marthyn no contestó.

Volvió los ojos hacia mí y preguntó:

—Vamos, pesquisa, ¿de qué conocía a Warren?

Me dieron ganas de mirar a Dora, mientras me preguntaba qué le habría contado ella, pero no lo hice.

—Warren era cliente mío.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—El estaba a punto de ir a la cárcel y quizá de ser procesado por un crimen que no cometió. Me contraté para que descubriera al verdadero asesino.

—¿Sí? ¿Y qué averiguó, tipo inteligente?

—Lo mismo que usted, teniente. Es decir, quizá un poco más. Formuló la pregunta que esperaba:

—¿Qué es ello, Dexter?

—Pero ¿no lo sabe? Me sorprende. Ésa es la verdad. Claro que la policía... Bueno, Marthyn, yo estoy seguro de que Warren no cometió asesinato alguno. Es decir, él no fue quien mató a Tex Sheldon, aunque le conocía. La señorita Cristian, aquí presente, dice que Sheldon fue visto varias veces en el edificio donde míster Morton tiene instalado su negocio de importación.

—Sé todo eso, Dexter. ¿Qué más?

—No hay más, teniente —repliqué—. Nada, salvo hacerle ver que mi teoría es la correcta. Warren murió víctima del mismo hombre o mujer que asesinó a Sheldon. También sabía algo. Tuve la certeza desde que entró en mi oficina, de que ocultaba algo. La prueba la tiene en que investigué su vida. Empecé a hacerlo mucho antes de tomar el caso completamente en serio. Ahora se que estaba en lo cierto. De ahí su muerte. Lo asesinaron porque quizá sabía quién era el criminal y quiso extorsionarlo. Seguramente lo averiguó después de hablar conmigo. Sea lo que fuere, teniente, no lo sabía con certeza; lo sospechaba.

Callé mirándole. Intentando averiguar lo que estaba pensando, pero igual que siempre, ni sus ojos ni su rostro me lo aclararon.

El hilo de mis pensamientos lo rompió entonces con una nueva pregunta:

—¿Qué piensa hacer ahora, Dexter?

Tuve a flor de labios una respuesta mordaz, pero *me* la callé. Luego respondí con la verdad de lo que pensaba:

—Voy a matar al cerdo que hizo eso con Lina, teniente.

—Supuse que me contestaría así, Dexter —replicó fríamente—. Pero usted no va a hacer nada de eso, ¿comprende?

—¿No?

—No —retrucó.

—¿Por qué?

—Porque si lo hace, perderá la licencia. Más tarde no diga que no le avisé. Me puse en pie.

—¿Ha terminado, teniente?

—Por ahora, sí, Dexter. Pero le advierto que si no me hace caso, nos volveremos a ver.

Ha comprendido, ¿verdad?

Mi sonrisa era irónica, estoy seguro de ello, cuando contesté:

—Sé que nos veremos de nuevo, teniente como también sé que no será por mi culpa. Pero sepa una cosa, que no le pille de sorpresa: voy a matar al asesino de Lina, sea quien sea, con o sin la licencia de detective, y usted..., mejor dicho ni usted ni toda la policía de Filadelfia podrán impedírmelo.

Mientras esperaba su respuesta noté que Dora se ponía en pie y empezaba a retroceder hacia la puerta.

—¿Olvida que entre otras cosas, puedo expulsarle de la ciudad?

—Sé que lo está deseando, teniente. Pero no tiene a la suerte. Podría recibir una sorpresa.

Giré en redondo sobre mis talones y me acerqué a Dora.

—¿Nos vamos? —pregunté.

No contestó, pero delante de mí abandonó el despacho del teniente Marthyn.

Ya en la calle, sobre la acera, a las cinco y media de la madrugada, mirándola de soslayo comenté:

—Nos va a ser muy difícil encontrar un taxi a estas horas.

Ahora sí contestó sorprendiéndome, una vez más:

—Tengo mi coche una cuadra más abajo, pesquisa. ¿Viene?

Fui a decir que sí, pero pensé en el teniente Marthyn, en la pregunta que deseaba hacerle, vacilé y finalmente repliqué:

—Sí ahora mismo. Es mucho mejor así.

Me miró con la misma expresión del que ve un fantasma y contestó:

—No le entiendo a usted, Phil. Forcé una sonrisa.

—Ni yo tampoco, Dora —contesté—. Ande, vámonos. Echamos a andar calle abajo.

Cuatro minutos más tarde, vi el coche.

Un magnífico «Pontiac» pintado en blanco. Un hermoso coche que valía una fortuna. No quise preguntarle de dónde había sacado los dólares para adquirirlo y abrí la portezuela en silencio, para que se colocara frente al volante.

Dio el encendido tan pronto como me acomodé a su lado, embragó y nos pusimos en marcha guardando el mismo silencio.

Dora lo rompió al cabo de un par de minutos y lo hizo con una pregunta:

—¿Por qué me engañó, Phil?

—Por la sencilla razón de que si le hubiera dicho mi profesión jamás hubiera hecho caso. Nadie contesta ni acompaña por propia voluntad a una pesquisa.

No supe nunca si fueron figuraciones mías o no, pero creí ver que a través del retrovisor me miraba con simpatía.

—¿Está usted seguro de eso, Phil?

—¿De qué? ¿De que no me hubiera acompañado si le digo la verdad?

—Sí.

Vacilé unos segundos y contesté:

—Sí, Dora, estoy seguro de ello.

No me contestó, por lo que extraje el arrugado paquete de cigarrillos encendí dos y puse uno entre sus rojos y sensuales labios.

—Gracias, Phil —dijo en un susurro.

Sin contestar miré por la ventanilla y fue en aquel momento cuando me di cuenta de que aquél no era el camino para ir a mi apartamento.

Pregunté:

—¿Adónde me lleva, Dora?

—De tú, Phil —dijo—. Hábleme de tú, ¿quiere?

Mentalmente me dije que no lo hacía conmigo pero acepté la sugerencia cuando repliqué:

—De acuerdo, querida. Y ahora, ¿quieres decirme adónde me llevas?

—Supuse que lo había adivinado, Phil. Vamos a mi casa, ¿comprende? Estoy segura de que si le dejo en la suya, no va a

dormir en toda la noche.

Seguro que no.

Pero lo que Dora no sabía, es que me llevara adonde fuese, no iba a tener descanso hasta eliminar del mundo de los vivos al hombre que hizo aquello con Lina.

—Gracias —contesté secamente—. Confieso que no esperaba eso de usted después de lo ocurrido.

Me dirigió una dolida mirada y contestó:

—Le dije que me tuteara, Phil.

No repliqué, por lo que hicimos el resto del camino en el más completo silencio. Un silencio que Dora rompió, ya dentro de su apartamento.

—¿Quiere un *whisky*, querido?

Hablaba seriamente, sin una sola sonrisa, y pensé que por aquella noche, Dora había perdido el humor.

—Quedamos en que no tenías, muchacha. ¿O no fue eso lo que me dijiste la primera vez que entré aquí?

Su rostro se coloreó levemente.

—Le mentí, Phil —decía—. ¿Y sabe por qué? Porque eso de no tener licor, siempre impresiona a los hombres.

Hice ademán de interrumpirla con un gesto, pero Dora me atajó con un movimiento de su mano y prosiguió:

—En lo único que no he mentido, mi vida, ha sido cuando le afirmé que en este apartamento el único hombre que había entrado era usted. En eso le dije la verdad.

Se fue mucho antes de que lograra pronunciar una sola palabra, para regresar a los pocos minutos trayendo un par de vasos altos, soda y unos cubitos de hielo.

Lo depositó a mi lado, sobre el tablero de una mesita, y se sentó frente a mí cabalgando sobre la otra una de sus piernas, y desvié los ojos hacia otro lado, que era lo mejor y también lo menos peligroso.

Casi al instante preguntó:

—La quena mucho, ¿verdad?

Supe de quién se trataba, pero a pesar de ello pregunté a mi vez:

—¿A quién te refieres, Dora?

Hizo un delicioso mohín con los labios y replicó:

—A su secretaria. A Lina. El teniente Marthyn me lo contó. Tomó el vaso y bebí lentamente.

—Ella ya ha muerto, Dora —dije—. Por tanto, a los muertos hay que dejarles en paz.

—Pero la quería mucho, ¿verdad? —Me miró fijamente—. ¿Es que no comprende, Phil, que deseo saberlo?

—Lina era una buena muchacha, aunque no una dama como tú. Vi que se sobresaltaba y en el acto cambió de conversación.

—Y ahora Phil, ¿qué hará? Al parecer, con la muerte de Warren toda pista se acaba.

—En eso te equivocas, preciosa —dije con voz rosca—. Queda una. Se sobresaltó.

—¿Una pista? ¿Quién, si puedo saberlo?

—Morton. Míster Chick Morton.

—¿Por qué tiene que saber alguna cosa?

—Tú misma me dijiste que viste a Sheldon más de una vez dentro de las oficinas.

—Eso no prueba nada, Phil —me contradijo con calor.

—Por el contrario —repliqué—. Para mí, querida, lo prueba todo.

—¿Qué es ése todo? —preguntó abriendo mucho sus inmensos y rasgados ojos verdes.

—Sencillamente, que él pudo asesinarle, ¿no? Tal vez sabía algo de Tex Sheldon o, mejor dicho, éste conocía algo de Morton y por eso le mató. Warren vio y oyó algo, sospechó; de un modo u otro, amenazó a Morton y éste le eliminó conjuntamente con Lina ya que ésta, en aquel momento, iba en el coche con él, hacia mi apartamento. Apuesto a que les estaba esperando allí, se dejó ver, y quizá con sentimiento por su parte, si es que un asesino puede tenerlo, también eliminó a Lina para que luego ella no pudiera declarar en su contra. Y ahora que te he dicho lo que pienso, ricura, ¿quieres decirme cuál es tu opinión?

—¿Sincera?

—Sí, claro —contesté, no sabiendo adónde quería ir a parar.

—Entonces, te la diré. Esa idea es la más descabellada de cuantas he oído desde que nací hasta ahora.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que conozco a míster Morton desde hace algunos años. Será todo lo que tú quieras que sea, pero no un asesino. Es más, voy a afirmarte una cosa, Phil: si continuas

pensando de ese modo, jamás darás con el verdadero asesino.

Estaba excitada.

Como yo no la había visto en mi vida. Con las tersas mejillas ardiendo y los ojos brillando como los de un felino.

La agitación de su seno era violenta y la respiración salía silbante por entre sus labios, que ahora se habían quedado sin sangre. Me sobresalté al verla, preguntándome *in mente* a qué era debido ese cambio tan brusco y radical.

Bastó que nombrara a Morton para que ocurriera aquello. ¿Por qué?

No obstante, y a pesar de mis pensamientos, pregunté, y mientras lo hacía me di cuenta de que ella también me estaba tuteando y quizá desde hacía tiempo:

—¿Podrías concertarme una cita con Morton, querida? Se demudó.

Vaciló un poco, con mano que temblaba tomó el vaso de licor y lo llevó a sus labios sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal.

—Voy a intentarlo, Phil —dijo apenas terminar de beber—. Y espero que te convenzas de que tengo razón.

—Dime, ricura —contesté—. ¿Por qué estás tan segura de míster Morton?

Dije aquello, pero lo que en realidad quería preguntarle era otra cosa harto diferente, pero me la guardé para mí.

Y apenas terminé la pregunta, hizo algo que no esperaba. Se puso en pie, me miró intensamente, consulté su reloj de pulsera y dijo:

—Es ya muy tarde, querido. —Lanzó una mirada alrededor y prosiguió, luego de haberse interrumpido dos o tres segundos—: Mañana, hoy, debo levantarme temprano para ir a la oficina. —Lanzó una nueva mirada en torno suyo y con el rostro tan hermético como la momia de Tuthamkamón, se volvió a mirarme, diciendo—: Lamento no tener nada más que una habitación, Phil. Por tanto, vas a tener que dormir en el sofá. Espera un poco que voy a traerte una manta.

Esperé.

CAPÍTULO VIII

La entrevista con Morton era a las doce del día.

Dora misma me lo había dicho aquella mañana telefoneándome desde su despacho de la Twelfth Street. Por tanto, tenía tiempo más que sobrado para ir a mi apartamento, afeitarme y cambiarme de ropa, tomar el volante de mi coche e ir allí.

Abandoné el de Dora, salí a la calle y tomé un taxi.

Media hora más tarde me encontraba en la puerta introduciendo la llave en la cerradura.

Entré en el saloncito, sin saber lo que iba a ocurrir.

Sin pensar en nada que no fuera el asesinato de Lina y en lo desagradable y vacío que ahora, sin ella, me resultaba todo.

Así, pues, crucé la puerta y en el acto un torbellino, un hermoso torbellino vestido de blanco, me cayó encima.

Noté el fuego de sus labios sobre los míos y abarcándola por la cintura me dejé llevar y correspondí a la caricia.

Cuando se separó de mis brazos, y ante mi estupor, Maggie estaba llorando. No dije nada.

Me limité a apartarme un tanto de ella para, acto seguido, acercarme al frigorífico en donde preparé un par de *whiskies*.

Con ellos en la mano regresé a su lado y, sin pronunciar palabra, le di uno de los vasos. Mientras lo tomaba de la mía, con sus dedos largos, bien cuidados y de uñas nacaradas, pregunté:

—¿Cómo diablos has entrado aquí, Maggie? Me lanzó al rostro una pálida sonrisa.

—Pedí la llave al portero. Le dije que era una prima tuya. La miré de pies a cabeza, y contesté:

—Celebro tener una prima que además de ser muy hermosa es una de las mejores cantantes modernas que he conocido.

—¡Phil, por favor...!

Hizo una pausa y cuando iba a interrumpirla, continuó:

—He venido para hablar de Warren, Phil.

Casi estuve a punto de saltar sobre el sillón, pero en el último quinto de segundo no lo hice.

—Dilo más despacio, querida —solicité. Lo repitió añadiendo:

—El..., él... Bueno, Phil, querido, era verdad lo que pensabas, pero de otro modo Warren y yo nos íbamos a casar ¿comprendes? Era mi prometido... pero había otra chica. Y lo han matado, Phil. Lo han asesinado lo mismo que hicieron con Tex Sheldon. Yo..., ahora...

La interrumpí con una pregunta:

—¿Qué sabes de Sheldon, muchacha?

—¿Qué quieres saber?

—Todo, preciosa. De la A, a la Z.

—Le vi varias veces en compañía de Warren. Eran amigos. Muy amigos.

—¿Tenían negocios en común?

Se encogió levemente de hombros y replicó:

—Eso no lo sé, Phil. La miré a los ojos.

Grandes, profundos y misteriosos. Entonces hice la pregunta:

—¿Qué sabes de Chick Morton? Abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Phil!

—¡Margaret!

Me miró fijamente, como intentando taladrar mis ojos con los suyos, y contestó:

—Lo que todo el mundo en Filadelfia, querido. Que es uno de esos magnates de la importación.

—¿Nada más? Arqueó una ceja.

—Phil... yo..., yo no te entiendo.

—¿No? Pues escucha, querida, que es interesante. Warren trabajaba para Morton y era amigo de Sheldon. El primero muere asesinado y el segundo también. ¿Lo comprendes?

—No, Phil, confieso que no.

—Es bastante sencillo —repliqué—. ¿Qué relaciones unían a Morton con Warren y Sheldon? ¿Lo sabes?

Me miró con la misma expresión que uno debe tener cuando contempla por primera vez a un bicho raro y negó:

—No, no tengo la menor idea. Por otra parte, Ross jamás me habló de Morton en ese sentido.

—¿Y en otro sí?

Arqueó una ceja, bebió un poco y respondió:

—Me dijo que era un buen jefe. Que pagaba bien y no tenía queja alguna de él. Lo comentó muchas veces.

Callé y pensé.

Por aquella parte no íbamos a ningún sitio, por lo que decidí cambiar de conversación.

—Me has dicho que en la vida de Warren había otra chica. ¿La conoces?

—No, pero sé dónde vive.

Estuve a punto de sonreír cuando contesté:

—Dame las señas, querida. Arrugó el entrecejo, pensando.

—¡Ah, sí! ¡Ahora las recuerdo! Es... es el número 650 de Warwick Room.

—¿Cómo se llama?

Me respondió con otra pregunta:

—¿Hace falta eso?

—Claro. ¿Cómo quieres que la interrogué si no me lo dices?

—Pero, Phil...

—Escucha, vida —dije—. ¿Quieres o no ayudarme a que encuentre el asesino de Warren?

—¡Claro que quiero! Pero ella...

—Deja que sea yo el que decida eso, querida. ¿Cómo se llama la chica?

—Sheila Savaje, Phil. Morena y muy hermosa. Y también peligrosa.

—Vaya... ¿Es de las que llevan la automática en la liga, preciosa?

—No me refiero a eso, y tú lo sabes, querido. Es otra clase de peligro si quieres entender lo que te quiero decir.

—¿Algo así como el tuyo, Maggie? Me miró fijamente y respondió:

—Así mismo, pero mucho peor. Me puse en pie.

—Lo siento, dulzura, pero debo irme. Tengo una cita para esta mañana. Maggie tomó el vaso, bebió hasta apurar el contenido y me imitó:

En unos segundos la tuve entre mis brazos y luego la acompañé hasta la puerta. Una vez allí me tendió la mano.

—Gracias por todo, Phil. Sé que encontrarás al asesino de Ross. O que por lo menos lo intentarás.

—Lo encontraré, preciosa —contesté sonriendo para tranquilizarla—. Puedes estar segura de ello.

Me dio nuevamente las gracias y se fue definitivamente hacia el ascensor. La vi entrar en él y entonces cerré la puerta del apartamento y me encaminé al saloncito, pensativo. En la cita que para aquella misma mañana tenía con Morton, en las palabras de Maggie y en una mujer desconocida llamada Sheila Savaje.

Pensando en Dora.

Recordando a Lina, su cadáver horriblemente desfigurado con una bala en el centro de su tersa y juvenil frente, y al teniente Marthyn.

Levanté el auricular del teléfono y empecé a discar. Unos segundos más tarde oí la voz de Dora:

—Compañía Morton de Im...

—Soy yo, muchacha —interrumpí—. Phil Dexter.

—¡Phil, amor! ¿Es que no vas a venir? Consulté el relej antes de responder.

Las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana.

—Es lo que iba a decirte —dije.

—¡Oh! ¿Y para eso...?

—Espera un momento, que aún no he terminado, preciosa —corté—. He encontrado una nueva pista y voy a seguirla. Si acabo a tiempo iré. Si no, discúlpame y dile a míster Morton que trataré de verle esta tarde.

—¡Phil! ¿De qué se trata? ¿Puedo ayudarte en algo? Me eché a reír.

—No, preciosa —dije—. En nada.

Colgué antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más sabiendo que de no hacerlo aquella conversación no tendría fin, por lo menos con la premura que yo deseaba.

Hecho esto comprobé la carga de la «Magnum», me coloqué las correíllas con la funda, me puse la americana y abandoné el apartamento.

Cinco minutos después me encontraba conduciendo en dirección

a Warwick Room. Busqué el número 650.

Casi en el centro de la calle.

Estacioné el coche, descendí del mismo y crucé la calzada.

Era un edificio de apartamentos como tantos y tantos otros en Filadelfia. Y había portero.

Me acerqué para preguntar:

—Miss Savaje vive aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quiere indicarme en qué piso? Le traigo un recado urgente de un familiar suyo.

El hombre, ya algo viejo, y completamente calvo, me miró de pies a cabeza y contestó:

—Octavo, letra C.

Fui a darle las gracias, pero me interrumpió:

—La verdad es que no sé si está en casa. Hace tres o cuatro días que no le veo por aquí.

—¿Puedo subir y probar fortuna? —pregunté mostrándole un billete de cinco dólares.

—¡Claro que sí! —contestó—. Pero si hay complicaciones no diga que me vio, ¿comprende? No me gustaría perder el empleo por sólo cinco dólares.

Le sonreí tranquilizándole y respondí:

—No se preocupe que no ocurrirá nada.

Encontré la puerta tan pronto salí del ascensor, y pulsé el botón del zumbador, pero nadie respondió a mi llamada.

Lo hice de nuevo, por dos o tres veces más, y esperé. Nada.

Ni el más leve rumor me llegaba del interior del apartamento.

Entonces miré a lo largo del pasillo en ambas direcciones. No se veía a nadie, por lo que extraje el manojó de ganzúas yforcé la cerradura.

Unos minutos más tarde cerraba la puerta a mi espalda.

El apartamento se encontraba completamente a oscuras, por lo que encendí las luces sabiendo que no se podían ver desde la calle debido a las ventanas y empecé a registrarlo.

No había nadie, pero sí huellas infalibles de que estaba habitado por una mujer. Entré en el dormitorio.

Sin saber por qué lo había dejado para lo último, y también lo registré.

Había prendas de mujer en el interior del armario, ropa de cama, todo de la mejor calidad, y algunas de ellas, la mayoría, íntimas. Del más puro nylon.

Sheila Savaje sabía vestir bien tanto interior como exteriormente.

En uno de los cajones encontré un par de miles de dólares. No los toqué por aquello del qué dirán, y los muebles del apartamento me dijeron, sin lugar a dudas, que además de vestir bien, también sabía cuidarse.

Busqué una fotografía, algo que me dijera cómo era pero el empeño fue vano, pues no encontré nada. Nada como no fuera averiguar la estatura que podía tener, y eso debido a los vestidos del ropero.

Media hora después abandoné el apartamento con el sano deseo de volver más tarde.

Quizá a la noche, aunque si me encontraba con Dora...

Saludé al portero, me acerqué al coche, subí a él y, lo más rápidamente que pude, a través del intenso tráfico del mediodía, conduje en dirección a Twelfth Street.

Me costó llegar más de tres cuartos de hora y utilicé el ascensor para subir hasta el lugar que ocupaba el despacho de Morton y su secretaria.

La bella y hermosa pelirroja Dora.

Sus ojos verdes me asietaron desde detrás de la mesa despacho en que trabajaba, frente a una máquina de escribir eléctrica.

Y no me tuteó cuando dijo, sin saludarme:

—Llega un poco tarde, Phil. Consulté el reloj.

Las doce y quince minutos. Inicié una sonrisa y dije:

—Le ruego me disculpe, señorita Cristian, pero ya le dije que había encontrado una nueva pista.

—¿Averiguó algo?

Levanté la mano en señal de paz y contesté:

—Por favor, *miss* Cristian, ¿tiene la bondad de anunciarme? Me lanzó una mirada de través y se puso en pie.

—Ahora mismo —dijo secamente—. Espere un momento, por favor. Se fue dejándome solo.

Apenas si tuve tiempo de pensar en nada cuando la tuve frente a mí, con el semblante tan serio como en tía principio.

—Míster Norton le espera, Phil —dijo—. Puede pasar cuando guste. La miré de pies a cabeza y contesté:

—¿Comerá conmigo este mediodía, Dora? Frunció el ceño y preguntó:

—¿De verdad desea invitarme a comer?

—¡Claro! —dije—. Con esa fachada y esas piernas... cualquiera lo haría, ¿no?

—¿Quiere dejar en paz mi fachada y mis piernas de una vez, fisgón del diablo?

Le dediqué la más hermosa de mis sonrisas y, dando media vuelta, me encaminé hacia la puerta que daba acceso al despacho de Morton.

La empujé, entré sin llamar y en pocas horas me vi por segunda vez frente al magnate. No me saludó.

Se limitó a extender el brazo izquierdo para señalar uno de los sillones.

—Siéntese, Dexter —dijo.

Lo hice y, apenas me hube sentado, añadió:

—Conque detective privado, ¿eh?

—¿Hay algo de malo en ello? —pregunté.

—No. Aún no, en lo que a mí respecta.

—Pero puede haberlo, ¿verdad?

—Sí, quizá sí. —Hizo una ligera pausa, que no interrumpí y añadió—: *Miss Cristian* me dijo que deseaba hablarme. Me pidió que le concediera una entrevista. ¿De qué se trata? ¿Qué deseaba de mí?

—Formularle unas cuantas preguntas.

—¿De nuevo Warren?

—Sí y no —contesté.

—¿Quiere explicarse?

—A eso voy... si deja de interrumpirme.

—De acuerdo. Continúe, Dexter.

—Se trata, efectivamente, de Warren, y de su negocio de importación. Arqueó una ceja.

—¿Qué tiene que ver mi negocio de importación con Warren y su asesinato?

—Por el momento, míster Morton —dije—, si me la permite, voy a dejar a Warren a un lado, aunque quizá, y casi en el acto tengo

que volver a él.

Esperé a que dijera algo, a que hiciera un comentario, pero continuó en silencio, por lo que añadí:

—¿Qué relaciones unían a Sheldon con usted, míster Morton? No me diga que ninguna, ya que puedo asegurarle que no es así por la sencilla razón de que tengo un testigo de que varias veces se le ha visto aquí.

—¿Conmigo? —preguntó, achicando los ojos. No repliqué de momento.

Meditaba.

Y míster Chick Morton dejó que terminara con mis meditaciones, ya que no pronunció una sola palabra ni hizo nada por interrumpirlas.

Simplemente esperaba mi respuesta.

CAPÍTULO IX

Y la dejé en el aire, ya que volví a preguntar:

—Dígame, míster Morton; si usted no tenía relación alguna con Sheldon, si jamás hablaron los dos, ¿por qué entraba en este edificio y para qué?

Permaneció pensativo varios segundos y replicó:

—Eso es algo, Dexter, que no sé. Pensé en Warren.

Como había pensado anteriormente, tenía que sacarla a colación. Lo hice al segundo siguiente:

—Por favor —empecé—. ¿Qué unía a Warren con Sheldon y una mujer llamada Sheila Savaje? No le pregunte también por Maggie Owen, cantante de un club nocturno, porque esto ya lo sé.

—No lo sé, y le estoy diciendo la verdad aunque no me crea, pesquisa. Si Sheldon fue visto aquí, en mis oficinas, no fue en mi compañía ni mucho menos, ¿comprende? Tal vez en la de Warren. Sé, por oídas, que eran amigos.

—Eso no me lo dijo en nuestra primera entrevista, míster Morton.

—No, no se lo dije. No tenía por qué hacerlo. La policía ya me molestó bastante.

—Entonces, ¿cómo sé si ahora me está diciendo la verdad?

—No, desde luego que no lo sabe, Dexter, pero ése es un problema suyo y no mío. ¿Qué más desea saber?

Bruscamente, ahora, cambié de conversación.

Y lo hice con una pregunta que no esperaba en modo alguno:

—¿Qué me dice de su negocio de importación?

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente que deseo saber qué es lo que importa, míster Morton. Sin una sola vacilación, respondió:

—Telas. De Oriente, de Europa, y de varias partes del mando.

—¿Nada más que telas?

Me miró fijamente por espacio de largos segundos y mantuve mis ojos fijos en los suyos hasta que respondió:

—Me gustaría saber, de una vez por todas, hasta donde quiere usted llegar, Dexter. Ahora el que tardó en contestar fui yo.

Cuando lo hice fue con otra pregunta, dando de lado, por tanto, a la suya:

—¿Dónde recibe la mercancía, míster Morton? Sus espesas cejas se arquearon.

—Confieso que me siento sorprendido de mí mismo, Dexter —dijo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque estoy perdiendo mi tiempo con usted dejando de atender mis negocios.

—Eso quiere decir que no desea contestarme, ¿verdad?

—En eso se equivoca, pesquisa —me contradijo—, ya que voy a decírselo. La mayoría de los artículos los recibo en el aeropuerto.

—Correcto, y desde allí, ¿adónde los llevan?

—A unos almacenes situados en la calle Spence. Son trasladados en camiones del aeropuerto hasta allí. —Hizo una pausa que apenas si duró tres segundos y preguntó—: Y ahora que he contestado a su pregunta, ¿quiere responderme usted a otra?

—Si puedo, lo haré, míster Morton.

—De acuerdo, entonces. ¿Quiere decirme qué es lo que anda buscando?

—El motivo por el cual alguien asesinó a Sheldon y a Warren. La causa por la que, inocentemente, murió mi secretaria.

—¿Cuál fue ese motivo? Lo sospecha, ¿verdad?

—Es sólo una idea, míster Morton. Una simple idea, y perdone que no sea más explícito.

Me miró atentamente mientras se ponía en pie.

—Nos volveremos a ver, míster Morton —dijo un segundo antes de dar media vuelta para encaminarme hacia la puerta.

—Vuelva cuando quiera, Dexter. Aquí será siempre bien recibido. Me dejó de piedra.

Y continué en el mismo estado cuando me enfrenté con Dora, que se puso en pie, abandonando la máquina de escribir en la cual

se encontraba tecleando a velocidad supersónica.

—¿Ya terminó la conferencia, Phil? Sonreí.

—Ya. Y ahora, ¿acepta mi invitación?

Me mostró una de sus extremidades envuelta en nylon y especificó:

—Sí, si deja de meterse con la hermosura de mis piernas. ¿Está claro?

—Como el agua. ¿Algo más? Me devolvió la sonrisa.

—Simplemente que me diga dónde nos vamos a ver dentro de una hora.

—Eso es fácil —dije pensando en Pool y en su bar—. ¿Qué le parece si nos reunimos en el único bar que hay en la Calle 19?

—Correcto, Phil. Estaré con usted a la una.

—Tome un taxi, o si no... —Introduje la mano en el bolsillo del pantalón, extraje el llavero y de él un par de llaves—. Mi coche está abajo, ricura —continué—. Úselo. Yo tomaré un taxi.

Tomó las llaves y las depositó sobre la mesa.

—Phil, es usted un sol.

Me acompañó hasta la puerta y, junto al umbral de la misma, preguntó:

—¿Ya no está enfadada conmigo, querida? Hizo un mohín de disgusto y contestó:

—¡Claro que estoy enfadada! ¿Le parece correcto colgarme el teléfono, dejándome con la palabra en la boca?

—No, ni mucho menos —respondí—. Pero aún hay cosas más incorrectas que ésa.

—¿Sí? Por ejemplo, ¿cuáles son?

—¡Oh! Pues..., pues... Bueno, querida, darle un beso a una secretaria en su propio despacho ¿no?

Me incliné prendiéndola por la cintura y la besé en los labios.

—Pero..., pero... ¡Phil! No la escuchaba.

Dando media vuelta alcancé el pasillo y luego el ascensor.

Bajé a la planta baja, lancé una mirada al coche y busqué un taxi que me condujo directamente al bar de Pool.

Entré pensando en mi desconocida Sheila.

Sheila, a la que iba a ver aquella misma noche, aunque tuviera que esperarla en su propio apartamento.

En el interior del mismo.

Puede que Dora se enfadara conmigo, pero nada le daba derecho a ello, aunque yo lo sintiera y sin saber por qué.

—¡Usted!

Miré a Pool mientras me acomodaba frente a la barra en uno de los taburetes, y pregunté:

—¿No sabe otro modo de saludar? Me sonrió lo mismo que un conejo.

—No tengo otro, pesquisa. Tampoco me agrada que venga a mi establecimiento.

—¿A qué tiene miedo, Pool?

Arqueó una ceja y su rostro se petrificó, tomando un aspecto burlesco.

—A nada ni a nadie, polizonte.

—¿Ni al fantasma de Sheldon?

—¿Quién es ese tipo?

—Un amigo de Warren, y a éste también lo asesinaron. ¿O no lo sabía? Extendió el brazo y señaló un extremo del mostrador.

—Lo leí en el periódico, amigo. ¿Algo más?

—Sí. Un *whisky*.

Me lo sirvió, bebí un poco bajo su atenta mirada y pregunté:

—Ando buscando a una tal Sheila Savaje. ¿La conoce?

Pool tardó unos segundos en contestar, y cuando lo mizo su voz sonó alterada a mis oídos:

—Oiga, pesquisa, ¿acaso cree que yo conozco a todas las mujeres que hay en Filadelfia?

—Seguro que no —contesté—. Pero sí a las que vienen aquí.

—¡Ah! ¿Y ésa..., Sheila, es cliente del bar?

—Eso no lo sé, y por ello se lo pregunto, para que me lo diga.

—Pues aunque no me crea, no conozco a ninguna mujer de ese nombre.

—¿No?

—Le he dicho que no. ¿Por qué diablos tenía que conocerla?

—Por la misma causa que conocía a Warren, Pool. Esa chica y él eran muy amigos.

—¿Sí? Pues si es cierto, él a mí nunca me lo dijo.

—Al parecer, Pool, a usted nadie le dice nada, y no obstante, conocía muy bien a Warren y a la muchacha que vi aquí el primer día que vine.

—Eso será porque lo di...

La entrada de Dora, con su blusa y su corta y acampanada falda, cortó en seco la frase que Pool estaba intentando pronunciar.

—Hola, pesquisa —saludó, yendo directamente hacia la barra. Pero la interrumpí, saltando del taburete al suelo.

—Aquí no, preciosa —dije—. Nos iremos a otra parte.

La prendí por el brazo derecho empleando para ello la mano izquierda y con la otra deposité un dólar sobre el mostrador.

—No olvide lo que le dije, Pool —me despedí—. Si recobra la memoria, avíseme.

—¡Largo al diablo, pesquisa! —Fue la consoladora respuesta que obtuve. Salimos los dos del brazo y subimos al coche, yo frente al volante.

Arranqué y nos fuimos.

—¿Adónde me llevas?

—A comer como habíamos quedado.

—¿Y después?

—Adonde quieras, siempre que te despidas de mí al oscurecer.

—¡Phil! ¿Te he dicho alguna vez qué eres decepcionante?

—Pues... Bueno, la verdad es que no lo sé, aunque sí puedo asegurarte que es una palabra que he oído unas cuantas veces en pocos días. Pero no hago mucho caso de ella, querida.

Con lo que soltó un bufido y se puso a mirar por fe ventanilla.

Me detuve en Georgetown, en el distrito de Columbia, frente a un pequeño restaurante que ya conocía de otras veces.

Abrí la portezuela, salté del coche y lo rodeé para abrir la portezuela del lado contrario con objeto de ayudar a Dora a que lo hiciera; pero cuando llegué allí, me encontré con que ya me estaba esperando sobre la acera, sonriéndome con el gesto más inocente del mundo, por lo que adiviné que estaba pensando en sus piernas cuando saltó del coche mucho antes de que yo llegara a la portezuela del mismo.

—¿Entramos? —preguntó con la misma inocencia.

—¿Por qué no, querida?

Me prendió del brazo, tiró de mí y de un modo repentino nos vimos en el interior. El *maître* me saludó con una sonrisa de bienvenida y preguntó:

—¿Una mesa para dos, míster Dexter?

—Correcto, eso es lo que necesitamos.

Nos sentamos un poco más tarde, en un apartado rincón, frente a frente, y en el más completo silencio.

Un segundo después, Dora lo rompió.

—¿De qué vamos a hablar durante la comida? ¿De ti, de mí, o de crímenes y cadáveres?

Tenía un humor fúnebre, pero no por eso di de lado a lo que proponía y contesté:

—De ninguna de las dos cosas, querida.

—¿No? Entonces es de una mujer.

—¡Diablos! —exclamé—. ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero lo presumo. Dime, ¿quién es ella?

Me miré en las profundidades de sus verdes ojos y estuve a punto de soltar un suspiro.

—No la conozco, preciosa —respondí—, pero se llama Sheila Savaje. ¿Has oído ese nombre en alguna parte?

Me miró fijamente frunciendo el ceño.

—Phil..., yo... Sí, claro, eso es. Claro que lo he oído.

—¿Dónde?

—Creo que a Warren, en las oficinas.

—Dime algo más, muchacha —musité.

—Pues la verdad es que no hay más. No recuerdo cómo ni tampoco el momento, pero es así. Sé que Warren habló de ello. Si no es así, ¿quieres decirme a santo de qué conozco o creo conocer ese nombre? ¿Dónde lo he oído antes de ahora?

Intenté ayudarla sin responder a su pregunta y formulé otra:

—¿Acaso con Sheldon?

Encogió levemente los hombros y contestó:

—Lo lamento, Phil, pero no puedo precisar más. Suspiré lamentándolo.

Acababa de hacerlo cuando ella preguntó:

—¿Qué hay de míster Morton, Phil? ¿Aún continuas creyéndole un asesino?

La miré fijamente preguntándome una vez más a qué era debido el inusitado interés que tenía por su jefe, pero en su rostro tampoco encontré la respuesta.

—Confieso que aún no lo sé.

—¿Tanto trabajo te cuesta admitir que te has equivocado, Phil?

Me estaba tuteando desde el mismo momento en que entró en el bar, y por tanto yo hice lo mismo.

Y continué del mismo modo al responder:

—No es que me cueste trabajo admitirlo, Dora. Es sencillamente que aún no estoy seguro de ello. Es... muy extraño lo que ocurre. Morton es un importador. Telas y sedas de Europa y Oriente. Un verdadero magnate en ello. Dos hombres que directa o indirectamente se relacionan con él mueren de manera violenta. ¿Por qué? ¿Qué hay debajo de todo esto?

—Eso eres tú el que debe averiguarlo, Phil.

—Sí. Y eso es lo que estoy tratando de hacer. Y si es Morton, le llevaré a la cámara de gas o le meteré en el vientre todo el cargador de mi automática. Siquiera por lo que hizo con Lina.

—¡Phil!

La miré con asombro.

Su hermoso rostro estaba coloreado y sus ojos brillaban siniestros. Abrió la boca para decir algo más, pero la interrumpí con una pregunta:

—Dime, nena, ¿a qué se debe ese interés que tienes por Morton?

—Si te lo dijera, Phil —respondió fríamente—, te asombrarías. Un largo silencio se hizo entre los dos.

CAPÍTULO X

El silencio lo rompí yo al cabo de un par de minutos.

—¿Por qué no me lo dices todo, querida? —pregunté. Abrió mucho los ojos y preguntó a su vez:

—Phil, ¿qué es lo que tengo que contarte? No contesté.

La llegada de uno de los camareros me hizo posponer la respuesta para después. Por tanto, esperé a que nos sirviera los aperitivos, a que se alejara de nosotros y repliqué:

—Todo lo que tú sabes que no es poco, Dora. Lo que sabes con respecto a Morton.

Vamos, habla.

Me miró fijamente por espacio de mucho tiempo y luego, desviando los ojos hacia un punto inconcreto situado a mi espalda, respondió:

—Lo siento, Phil, pero me niego a contestar a ninguna de las preguntas que puedas formularme con respecto a míster Morton.

—¿Secreto profesional o lealtad?

—Compréndelo. Él es mi jefe.

—¿Has pensado que puede ser un asesino?

—¡No lo es, Phil! ¡Y basta ya!

Hizo ademán de ponerse en pie con sus ojos ahora fijos en los míos, cambió de parecer, y añadió:

—Por favor, vida, ¿por qué no comemos en la forma más agradable posible dando de lado a todo esto?

En parte llevaba razón.

Tenía que comprenderlo y así lo hice.

—De acuerdo, muchacha —dije—, tú ganas. Me sonrió.

No sé cómo pudo hacerlo, pero su sonrisa fue la misma de siempre.

—Gracias, Phil —musitó quedamente—. Gracias. Ahora, dime cuándo nos casamos.

Era un rasgo de su habitual carácter, de su verdadero yo. Lo entendí así, pero a pesar de todo me hizo respingar sobre la silla en que me sentaba y al instante la oí reír.

Me gustó el gesto y continué con la broma.

—Pero... Oye, querida, ¿cuándo te pedí en matrimonio?

No logré desconcertarla, ya que replicó con perfecta calma:

—No, no lo has hecho. Pero lo harás, Phil, amor —señaló el bolso que tenía a su lado y prosiguió—: Ahí dentro hay una licencia especial para el caso, tan pronto como lo decidas.

Ahora me tocó reír a mí mientras Dora bebía lentamente de su aperitivo sin dejar de observarme por encima del borde del cristal.

—Harías un mal negocio si esto llegara alguna vez.

Me dedicó una sonrisa que estuvo a punto de conseguir que me levantara de la silla para acto seguido rodear la mesa y estrecharla entre mis brazos, y prosiguió:

—Estoy convencida de ello. Sería para mí un negocio altamente ruinoso, pesquisa, pero es algo que no puedo evitar. ¡Ah, querido! —exclamó—. ¿Hace mucho que no has estado en tu apartamento?

Recordé que lo había hecho aquella mañana y le contesté. Me miró burlonamente.

—Eso quiere decir que después de esa hora no has vuelto, ¿verdad?

—Exactamente —respondí sin saber a dónde quería ir a parar.

—Entonces no puedes saber lo que ha ocurrido allí.

Me sobresalté, se dio cuenta de ello y se burló de mí con su sonrisa. Luego contestó:

—Sencillamente, que se han llevado todas tus cosas.

—¿Qué diablos estás...?

—Nada de diablos, mi vida —me interrumpió—. Me las llevé yo a mi apartamento. Se trata de un rapto, ¿entiendes? Por tanto, vas a venir conmigo y permanecerás encerrado hasta que delante de un juez me des elpreciado sí.

La miré como si estuviera loca, pero Dora se quedó tan tranquila, tan seriecita, como si no hubiera dicho nada.

—¡Al cuerno con todo! —estallé. Aquello fue peor, pues contestó:

—Pero, Phil, amor, ¡que estás hablando con una dama! No repliqué, pero me bebí el vermut de un solo trago.

¡Que se fuera al... infierno!

Esto lo pensé en mi fuero interno, pero me guardé muy bien de decírselo a ella.

El *maître*, acompañado de dos camareros más, se acercó a nosotros, sirvió la comida y a partir de aquel momento el más absoluto silencio reinó entre ambos, cosa que agradecí pensando que ojalá hubiera venido mucho antes de que Dora pronunciara la palabra casamiento, porque la verdad es que no me gustaba aquello ni poco ni mucho.

Al terminar, por no perder la costumbre, o quizá por ser mujer, Dora rompió el silencio.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Sentí tener que desengañarla, pero lo hice.

—Voy a llevarte a tu oficina, pero a partir de entonces iré solo, ricura.

—¡Phil!

—Tengo una cita, creo que te lo dije por teléfono.

—¿Con quién? ¿Con Sheila o con Maggie?

Sonreí mientras empuñaba el volante y contesté:

—Con la primera, preciosa.

No me replicó y el viaje continuó en silencio.

Mediábamos el camino cuando ocurrió la cosa, y en pleno día. Por el espejo retrovisor vi el coche. Un sedan pintado en negro.

Un largo y potente coche que estaba pidiendo paso, y *por* tanto me acerqué un poco al bordillo de la acera.

El sedán tardó unos segundos en colocarse a nuestra altura. Casi en el acto vi el sombrero, calado hasta los ojos, un pañuelo blanco, y una enguantada mano rematada con una pesada automática, posiblemente mi «Colt 45» y doblé el volante hacia la derecha en un desesperado intento de evadirme del plomo.

La bala astilló el cristal de la ventanilla mientras el coche se subía a la acera, pasó por detrás de mi nuca y oí el grito de Dora, justamente cuando aquélla se empotraba en el respaldo del asiento y el automóvil tropezaba violentamente contra la pared.

Dos o tres minutos más tarde, rehecho ya, me di cuenta que la muchacha se encontraba desmayada a mi lado y que la gente se nos

acercaba corriendo seguida de dos policías de uniforme que se apresuraron a despejar la acera.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a usted? ¿Es que está embriagado? Sin contestar a ninguna de sus preguntas formulé otra:

—¿Vio un sedán pintado en negro, agente? Abrió unos ojos como platos y contestó:

—¿Le ha hecho...?

Fue entonces cuando reparó en el agujero que la bala había hecho a través del cristal y su rostro se volvió duro como el granito.

—Eso es un disparo, ¿no?

—Eso creo; agente; Fue un hombre que iba en el interior de un sedán pintado en negro. No vi matrícula alguna. Quiero decir que sólo tuve tiempo para apartar el coche en lo posible; de la línea de tiro.

A mi lado, Dora abrió los ojos lanzando una desmayada mirada alrededor.

—¿Por qué fue? ¿Vio al agresor?

—¿Su rostro? No, nada de eso. Llevaba un sombrero gris echado sobre los ojos y un pañuelo blanco sobre la cara. Eso es todo, agente.

Siguieron unos segundos de silencio y acto seguido me pidió la documentación.

—Un pesquisa, ¿eh? —Me miró fijamente y añadió—: Y ahora, ¿quiere decirme la verdad de lo ocurrido?

Dora intervino en aquel momento:

—Ninguno de los dos lo sabemos, agente. ¿Por qué se empeña en otra cosa? Míster Dexter me llevó a almorzar al distrito de Columbia, y de regreso a las oficinas ocurrió este hecho tan inexplicable para usted como para nosotros.

El agente se encaró con ella.

—¿Y usted quién es, *miss*...?

—Dora Cristian, y trabajo como secretaria a las órdenes directas de míster Norton de la Twelfth Street. Allí podrá encontrarme cuando lo desee. Ahora, si no le molesta, le ruego tome declaración a míster Dexter y nos deje ir. Estoy muy asustada. Ésa es la verdad.

La miré de soslayo y me di cuenta de que no mentía. Tenía los bellos ojos completamente apagados y el semblante pálido. Fue entonces cuando me pregunté si estaría pensando en Morton como

posible atacante.

No logré adivinarlo.

Y mientras pensaba en ello me llegó la siguiente pregunta del agente.

Sea como fuere nos dejó ir, abandonando el coche donde había quedado, pero con ánimo de telefonar al garaje donde lo guardaban para que vinieran a recogerlo.

Por tanto, Dora y yo tomamos un taxi, que primero nos condujo a una cabina telefónica y desde ésta a las oficinas de la Twelfth Street, en donde la dejé con la promesa de que la llamaría a su apartamento tan pronto como terminara con mi cita de aquella noche.

Una cita que no había concertado con nadie, ya que si iba a entrevistar a mi desconocida Sheila era por mi propia cuenta y riesgo.

Atardecía cuando en un nuevo taxi alcancé las inmediaciones de mi oficina.

Y me llamé estúpido apenas llegar, ya que debía haber supuesto que después del atentado el teniente Marthyn me buscaría.

Estaba allí, en el pasillo, junto al marco de la puerta que daba acceso al interior de mis oficinas, y me sonrió metistofélicamente tan pronto como me vio.

—Hola, pesquisa —saludó secamente—. Aposté conmigo mismo a que vendría aquí luego de dejar a *miss* Cristian en sus oficinas, y veo que no me equivoqué.

Sin replicar me acerqué a la puerta y la abrí.

Pasamos al interior llevándole pegado a mis talones, y ya en mi despacho le indiqué uno de los sillones.

Se sentó.

Apenas lo hubo hecho rodeé la mesa y a mi vez me senté frente a él, en silencio. Un silencio que duró varios segundos hasta que Marthyn lo rompió:

—¿Y bien, pesquisa? —preguntó.

—Bien, ¿qué? Frunció el ceño.

—De acuerdo entonces, Dexter —prosiguió fríamente—. Ya que se pone así, voy a decirle algo: Quiero que me cuente todo lo ocurrido esta tarde, pero, sobre todo, a qué se debe ese ataque que sufrió, ¿comprende? Le dije que no continuara con el caso Sheldon

y no me ha hecho caso. Vamos, ¿qué fue lo que pasó?

—En realidad no lo sé, teniente —contesté lo más tranquilamente que pude—. Simplemente, que fui a buscar a *miss* Cristian para invitarla a almorzar, cosa que hicimos. De regreso fue cuando se nos echó encima un sedán pintado en negro y dispararon contra mí. No me pregunte quién lo hizo porque no lo sé.

—¿No...?

—No. Ya se lo he dicho.

—¿Espera que le crea, Dexter? Forcé una sonrisa.

—No, no lo espero. Y ése es su problema, teniente, ya que le estoy diciendo la verdad.

¿Algo más?

—Sí. No quiero verle en más complicaciones, ¿entiende? Ésta es la segunda vez que se lo digo y la última. Abandone el caso y deje que la policía se las entienda con él.

—¿Qué quiere, teniente? ¿Qué me deje matar?

—Déjelo a la policía, Dexter, y adelantará camino.

—Sí, claro, un camino que me llevará directamente a la tumba lo mismo que llevó a Sheldon, Warren y a mi secretaria. ¿Y aún espera que me cruce de brazos? No lo haré, ni por usted ni por nadie. Enciérreme si quiere, pero ni aun así adelantará nada, Marthyn, porque tan pronto como salga a la calle, continuaré investigando.

—¿Es su última palabra, Dexter?

—¡Lo es!

—En ese caso, voy a retirarle la licencia. Piénselo. Créame que si lo hago no volverá a ejercer en Filadelfia ni quizá en parte alguna de Estados Unidos, ¿comprende? —hizo una pausa y prosiguió ladinamente—: Claro que la cosa puede cambiar si me dice la verdad.

¿Quién es el asesino? Usted lo sabe, pesquisa. Sonreí.

No quería, no deseaba hacerlo, pero sonreí.

—Se cree usted muy listo, ¿verdad, teniente?

—No tanto como usted, Dexter. Y eso es lo que le va a perder. Vamos, ¿quién es el asesino?

Al conjuro de su pregunta multitud de ideas y escenas del pasado cruzaron por mi mente como un relámpago.

Pero eran sólo eso: escenas e ideas. Nada más. Nada en concreto.

Repliqué con la verdad pero no me creyó, cosa que ya esperaba.

—No lo sé, teniente, y le estoy diciendo la verdad.

Se puso en pie, con los ojos fijos en los míos, más fríos que nunca.

—¿Qué hay de *miss* Dora Cristian, pesquisa? —preguntó. Era una pregunta que no esperaba y me sorprendió.

—¿Qué está tratando de decirme, teniente?

—Sencillamente, deseo saber qué clase de relaciones mantiene con ella.

—Eso es algo que pertenece única y exclusivamente a mi vida privada, teniente.

—¿Sí? Bueno, es que estaba pensando en *miss* Falcom. La asesinaron también. Lo recuerda, ¿verdad?

Me puse en pie, lentamente rodeé la mesa y me acerqué.

Me detuve rozándole, con los puños crispados a mi espalda, y contesté:

—Se la está buscando, teniente, pero no la encontrará. ¿Y sabe por qué, tipo listo? Por la sencilla razón de que yo también sé adivinar el juego del adversario. ¿Qué intenta, que le rompa la cara? Pues no va a conseguirlo. No, hasta que acabe con esto. Entonces puede que pierda la licencia, pero cierto teniente de la policía irá al hospital con dos o tres costillas rotas. No lo olvide. — Me acerqué a la puerta, la abrí y continué—: Ahora salga de aquí y no vuelva. No lo haga porque no voy a recibirle si no trae una orden de cateo, ¿entiende?

Se volvió en redondo, cruzó el umbral y, ya en el pasillo, se volvió para mirarme.

—Nos volveremos a ver, pesquisa —dijo.

Le di con la puerta en las narices y regresé a mi despacho pensando en Lina, por lo que rodeé la mesa, abrí el cajón central y del mismo extraje la botella de *whisky*, de la cual bebí directamente.

Hecho esto me senté. Meditaba.

Ideas y más ideas. Incógnitas y lo que era peor es que no había respuesta alguna para nada.

Algo escapaba a mi mente, que era tan fugaz como una sombra. Algo que quizá fuera la clave de todo, pero que mi pobre imaginación de detective privado no lograba alcanzar.

De nuevo los nombres de Maggie, Lina, Dora y más tarde el de la

desconocida Sheila, bailotearon por mi mente conjuntamente con los de Sheldon, Warren y Morton.

Chick Morton, el hombre que lo era todo en Filadelfia. El hombre que tenía una secretaria como Dora, la cual estaba tan interesada en él que al parecer nada más importaba para ella.

Ni que fuera un asesino, si es que en realidad lo era.

Finalmente me puse en pie, tomé el sombrero, me lo encasqueté y abandoné el despacho con el pensamiento puesto en la visita que me había hecho el teniente Marthyn.

Alcancé la calle.

Había oscurecido completamente.

Me detuve en la acera. Del bolsillo de la americana extraje el paquete de cigarrillos, encendí uno y empecé a andar lentamente mirando con disimulo a todos lados, ya que estaba seguro de que el teniente habría colocado tras mis pasos a uno o dos de sus sabuesos.

No debía ser así ya que alcancé un bar sin ver que nadie me siguiera. Entré y me acomodé en la barra.

—*Whisky* —pedí tan pronto como tuve ante mí a un solícito *barman*.

Me lo sirvió y mientras lo bebía lentamente continué pensando. Morton y sus telas. Warren y las telas de Morton.

Sheldon, Maggie, Warren y quizá también las telas de Morton.

O quizá las telas de Morton y éste en sí no tuvieran nada que ver en aquello, pero todo apuntaba en su dirección.

Me bebí tres *whiskies* antes de abandonar el bar y verme de nuevo en plena calle, ahora a la busca y captura de un taxi.

Tuve suerte ya que lo encontré media hora más tarde, cuando ya estaba pensando en tomar un *bus* que me llevara a la casa de Sheila Savaje.

Di la dirección y mandé que se detuviera una cuadra antes de llegar y cuando se hubo marchado hice el resto del camino a pie.

La puerta que daba acceso a la escalera estaba cerrada, por lo que examiné la calle en ambas direcciones y luego utilicé una ganzúa.

Subí por la escalera despreciando el ascensor y me detuve frente a la del apartamento.

Vacilé unos segundos y por fin pulsé el zumbador.

Claramente oí el repiqueteo del timbre sonando allá dentro, pero

lo mismo que aquella tarde, nadie vino a abrirme.

Llamé dos veces más con el mismo resultado y por segunda vez utilicé la ganzúa para abrir una puerta.

Encendí las luces, llevando el cañón de la «Magnum» por delante de mí, pero la precaución fue vana porque el apartamento estaba completamente vacío. No obstante, no me costó mucho trabajo advertir que allí había entrado una persona. Posiblemente la misma Sheila.

Rebusqué de nuevo y también fracasé de un modo rotundo, ya que no pude encontrar un solo papel que me dijera cual era la identidad de la mujer. Tampoco una fotografía.

No había nada más que ropa.

Prendas de ropa, todas de mujer y ninguna de hombre, lo que también probaba que la tal Sheila vivía completamente sola.

Terminé de efectuar el segundo registro sin que nadie viniera a turbar la aparente paz en que me encontraba y entonces me acerqué al frigorífico.

Me preparé un *whisky* y bebí lentamente, pensando que en el refrigerador había bastante comida como para mantenerme durante una semana y yo estaba dispuesta a permanecer en el interior del apartamento hasta que la muchacha, si es que verdaderamente Sheila era una muchacha, se presentara.

Apuré el *whisky* y sin saber por qué me puse a examinar las ventanas.

No ocurrió nada hasta que no llegué a la que daba al hueco del montacargas. Me asomé para mirar examinándolo todo.

Vi los apartamentos del otro lado del cuadrado hueco, una ventana frente a la mía, y luego la mano y la automática.

Apenas si tuve tiempo de lanzar una maldición y apartarme a un lado cuando la bala, conjuntamente con el fogonazo, vino a astillar el marco de la ventana donde me encontraba.

Como por arte de magia la «Magnum» brotó en la mía y disparé a mí vez, pero demasiado tarde.

Maldije de nuevo en tanto me apartaba de allí, pensando que el estampido de mi automática habría despertado y alarmado al vecindario y corriendo empecé a apagar las luces del apartamento.

Alcancé la puerta del mismo casi a oscuras, la abrí con la ganzúa y salí al pasillo oyendo él rumor de voces del vecindario por encima

y por debajo de mí y corrí hacia la escalera bajando los escalones de tres en tres.

Sudaba como un condenado cuando alcancé la calle.

Y continué sudando al alejarme de allí para alcanzar la próxima esquina, donde me detuve para descansar un poco.

CAPÍTULO XI

¿Sabía ya quién era el asesino?

Me formulé la pregunta justo cuando entraba en un bar para sentarme sobre uno de los taburetes en espera de que el atareado barman, ya que había bastante clientela, se diera cuenta de que por el momento tenía un cliente más.

Cuando le tuve frente a mí pedí:

—Una lata de cerveza y un bocadillo de jamón. Se alejó para servirme y continué pensando.

Fueron cinco o seis minutos y repentinamente me di cuenta de que el barman se encontraba de nuevo a mi lado sirviéndome lo pedido.

—Deme una guía de teléfonos —dije—. Por favor.

Se apresuró a servirme y entre bocado y bocado la consulté.

Unos minutos más tarde abandoné el taburete y me dirigí a la cabina telefónica. Me encerré por dentro y empecé a discar el primer nombre de la lista que acababa de hacer.

No me equivoqué.

La primera llamada fue en vano y confieso sin rubor alguno, que mi corazón empezó a latir con inusitada fuerza.

Disqué otro número. El segundo de la lista.

Oí la señal de llamada y esperé.

Fue muy poco. Tan poco que sospeché que Dora se encontraba en su apartamento, en el *living*, esperando cualquier llamada telefónica ya que casi al instante levantó el auricular y contestó:

—¿Dígame...?

—Soy yo, preciosa —dije—. Creí que ya estarías en la cama.

—¡Phil, querido! —exclamó—. ¿Vas a venir? Anda, te estoy esperando.

—Iré, pero no ahora.

—¡Phil!

—Escucha, monada —contesté—. Aún tengo trabajo para un par de horas, ¿comprendes?

—¿Con quién? ¿Con Sheila?

—Sí, quizá. Es decir —sonreí— no estoy seguro de eso, ¿entiendes?

—No. Confieso que no. Dime, ¿de qué no estás seguro?

—De Sheila, linda —contesté.

—¿Qué...? Pero oye, cielo, ¿qué galimatías es ése?

—Ninguno. Sencillamente que no estoy seguro de ella ni de nadie. —Hice una pausa, que no interrumpió, y pregunté—: ¿Dónde puedo encontrar a míster Morton, preciosa?

Noté que contenía la respiración para, a continuación, soltarla de golpe y aunque no me encontraba presente, temí por la tela del vestido a la altura de sus senos.

—¿Para qué le quieres, Phil?

Su voz sonaba fosca en extremo y procuré quitarle importancia al hecho, por lo que contesté:

—Sencillamente, deseo hablar con él. Eso es todo.

—¿Todo?

—Claro. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No lo sé, y es lo que estoy tratando de averiguar.

—Pues no hay nada como no sea lo que te he dicho.

Dime, ¿dónde puedo *verle*?

—¿A esta hora?

—Sí.

Vaciló durante unos segundos y contestó:

—Confieso que no lo sé, Phil. Probé de nuevo, diciendo:

—Dame el número de su teléfono. Intentaré ponerme en contacto con él si es que se encuentra en su apartamento.

Su voz se hizo enormemente seca cuando contestó, dándome la impresión de que tenía la boca llena de papel de lija.

—¿Para qué?

—Te he dicho que deseo hablar con él de algo importante, Dora. Vamos, no seas chiquilla y dame ese teléfono. Por otra parte, en cualquier guía lo encontraré, ¿no?

—¡Pues búscalo, pesquisa del día...!

Adivinando que iba a colgar, grité a través del auricular:

—¡Espera, Dora!

Siguieron unos segundos de silencio y replicó:

—¿Sí...?

—Sólo quiero decirte una cosa. Es decir, preguntártela. ¿Qué diablos tienes que ver con Morton, además de que éste sea tu jefe?

No me contestó.

Se limitó a colgarme, y ahora sí que no pude evitarlo en modo alguno.

Consulté por tercera vez los números que había anotado y empecé a discar, pero Morton no acudió a mi llamada.

No lo hizo, pero sí descolgaron el auricular y, tras un brevísimo espacio de tiempo, al otro lado de la línea oí una voz de mujer.

—Residencia de míster Morton... ¿Dígame...?

—Deseo hablar con míster Morton —interrumpí.

Vacilé unos segundos y al fin me decidí a dar mi nombre.

—De Phil Dexter. Dígale que se ponga al teléfono que es importante.

—Le ruego disculpe, míster Dexter, pero míster Morton no está.

—¿Cómo?

Me repitió la frase y añadió:

—Recibió una llamada telefónica y se fue diciendo que podíamos acostarnos, pues posiblemente volvería tarde.

—¿Quién era esa mujer y a dónde fueron?

La voz de mi interlocutora se volvió escandalizada:

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¿Cree acaso que míster Morton nos dice a los criados a dónde va o a dónde deja de ir?

Y colgó mucho antes de que pudiera replicar, por lo que regresé a la barra y empecé a devanarme los sesos.

Fue por poco tiempo, ya que unos segundos más tarde me encontraba en la cabina telefónica tratando de ponerme en contacto con Sheila.

No se encontraba en su apartamento.

Allí no había nadie, ni tampoco la policía, que tuvo que llegar al lugar minutos después que cualquiera de los vecinos denunciara el hecho de que había oído un disparo.

De nuevo en la barra empecé a beberme la cerveza entre bocado y bocado, pero no pude terminarlo ya que en aquel momento me

asaltó una idea, y supe que tenía que hacer, aunque no supiera cuál fue el motivo.

Por tanto, y ante la expresión asombrada del barman, salté del taburete al suelo, deposité sobre el mostrador dos monedas de a dólar y sin esperar el cambio salí de estampía.

Una vez en la calle maldije, lamentando el retraso que iba a experimentar al tener que buscar un taxi, denuestos que corté en seco al ver que, de pronto, por la bocacalle adyacente, aparecía uno con el letrero de «Libre».

Minutos más tarde me encontré viajando en dirección al lugar donde creía encontrar a Morton.

Subí en el ascensor y por segunda vez aquella noche volví a utilizar la ganzúa para cometer un delito de allanamiento de morada, con el único consuelo de que el teniente Marthyn no se encontraba cerca para verlo.

Por tanto, como no fuera yo, nadie iba a decírselo.

Llevaba la «Magnum» en la mano cuando entré en el apartamento con el vago sentimiento de que me había equivocado o en su defecto de que había llegado demasiado tarde.

Lo iluminé discretamente, pero no pude encontrar a Sheila ni a Morton. Me acerqué al teléfono y disqué.

Morton no había vuelto a su casa, por lo que, decepcionado, pensando que tendría que recurrir a la policía, cosa que me dolía en extremo, una vez más levanté el auricular para llamar, cuando oí la llave girando en la cerradura.

De un salto me acerqué al interruptor de la luz y la apagué.

Oí pasos y retrocedí hasta la puerta del dormitorio, que empujé con el hombro y desaparecí haciendo «mutis por el foro».

Cerrando suavemente a mi espalda, sin soltar la «Magnum», pegué el oído a la madera y entonces llegó hasta mí la voz de Sheila.

—Pasa, querido, estás en tu casa.

La respuesta de Morton se tradujo en una simple pregunta:

—¿Quieres explicarme qué significa esto?

—¿No lo sabes? —La pregunta sonó sarcástica en el interior del *living*—. Pero si es sencillo. Me he cansado del juego y voy a eliminarte, Chick, lo mismo que hice con Warren y Sheldon.

La voz del magnate no se alteró cuando contestó:

—Creo, muchacha, que estás loca.

—Sí, quizá lo esté; pero tú no vivirás lo suficiente para saber si estás en lo cierto o no.

¡Quieto, Chick! No te muevas o...

—¿Por qué no sueltas esa pistola y hablamos seriamente?

—¿Para qué? ¿Es que no te das cuenta de que nadie sabe que Sheila soy verdaderamente yo? ¿Es que no sabes que me iba a casar con Warren y que le dejé por ti, porque habíamos ideado entre los tres quedarnos coa todo lo tuyo?

Hubo una pausa, en el transcurso de la cual apreté la culata de la automática hasta que mis dedos blanquearon sobre la misma; silencio que Morton rompió.

—Y por eso los asesinaste, ¿verdad? Para ser tú la única que...

—¡Claro, tonto! ¿A dónde iba a ir yo, una vez casada contigo, y llevándoles a ellos colgados a la espalda? Por eso lo hice. Ahora, muerto tu... Bueno, todo seguirá igual. En cuanto a Dora, hará mejor en llorarte en silencio, en permanecer quieta, en no molestar con más investigaciones, o terminará con una bala en la cabeza, lo mismo que acabó la secretaria de ese imbécil de Dexter.

—Algún día él te pondrá las manos encima, querida.

—No le daré tiempo.

—¿Vas a matarle también?

Su risa de hiena me sobresaltó.

—¿Y por qué no? Es decir, ya lo he intentado dos veces, pero tuve suerte. —Hizo una ligera pausa y añadió—: Vamos, Chick, date la vuelta. No deseo matarte de frente.

Fue entonces cuando abrí la puerta y dije:

—Creo, Maggie, que será mejor que dejes caer el arma, querida. Lanzó un grito, se volvió hacia mí y apretó el gatillo.

La bala del 45 me rasgó la hombrera de la chaqueta, pero ya no le di tiempo a más, pues a mi vez apreté el gatillo de la «Magnum».

Maggie dio una completa vuelta sobre sí misma, soltó la automática y cayó al suelo de rodillas, gimiendo, coa un hombro tinto en sangre.

El derecho.

Me acerqué de un salto, la tomé por la cintura y la llevé al sofá, medio desmayada.

Detrás mío, mientras lo hacía, oí la pregunta de Morton:

—¿Qué es lo que intenta, Dexter?

—Vendar ese hombro para que no se desangre.

—Pero... Esa mujer es una asesina. Lo comprende, ¿verdad? Ella misma...

—Cierre la boca y calle, Morton —atajé secamente—. Si es una asesina, ni usted ni yo podremos juzgarla. —Y pensé, aunque no lo dije, que a mí me hubiera gustado matarla, por lo que hizo con Lina, y tampoco había podido hacerlo—. Para eso hay un tribunal. Vamos muévase y ayúdeme.

Se me acercó y entonces añadí:

—Vaya al cuarto de baño y traiga el botiquín de urgencia. Con eso será bastante para esperar a la ambulancia y a la policía.

Se fue dejándome solo con Maggie, que se había desmayado.

Regresó unos minutos más tarde y cosa de un cuarto de hora después, con Maggie a nuestro lado, sobre el sofá, aún desmayada, y terminada la primera cura pregunté:

—¿Por qué no me lo cuenta todo, míster Morton?

Miró a Maggie casi con odio, me miró con rencor, y empezó a hablar:

—Como habrá supuesto, Dexter, conocía Margaret en el club «Bahía» y, a pesar de mi edad, confieso que me enamoré de ella como un colegial. Era una sirena... Es... una sirena... —Volvió a clavar sus ojos en ella y añadió sin mirarme—: Nos prometimos en secreto. Fue ella la que lo deseó así, por el momento, y ahora sé que ninguno de los razonamientos que me dio fue el verdadero. Sólo deseaba mantener nuestro noviazgo en secreto a causa de Warren, al que pensaba dejar por un motivo: u otro. Sospecho que riñeron, que él la amenazó de cualquier modo, quizá con contarme a mí las relaciones que mantenían, y le mató para cerrarle la boca.

«Fue lista cuando mató, a Sheldon escondiendo su cadáver en el “Jaguar” rojo de Warren con el solo objeto de que éste fuera acusado del asesinato. Obrando así se ahorra el tenerle que eliminar por su propia mano, ya que Sheldon y Warren eran íntimos amigos; pero se equivocó cuando la policía lo soltó a los pocos días, basándose en que no tenían suficientes, pruebas para, llevarle ante un tribunal. Entonces Warren, obrando por su cuenta, y yo creo que estoy en lo cierto, fue a verle a usted, Dexter, con objeto de que descubriera al asesino de Sheldon. No por el asesinato, en sí sino

porque sospechaba que éste estaba tratando de meterle un lío. Es decir, no creía que habían eliminado a Sheldon por otra causa, cualquiera que no fuera, la de hacerle pagar las culpas a él. Creo que a raíz de esto empezó a sospechar de Maggie, que habló con ella que discutieron, y Maggie le siguió hasta la oficina de usted y luego fue detrás de éste y su secretaria y les eliminó a los dos, también dentro del coche rojo».

Calló, mirándome en espera de que dijera algo, que le diera la razón, que afirmara que yo pensaba igual que él, pero, no pronuncié palabra alguna ya que en aquel momento intervino la propia Maggie, al parecer repuesta ya de su desmayo:

—Como ve, pesquisa, míster Morton es bastante listo, ¿no?

Ambos la miramos, pero fui yo el que di la respuesta empleando para ello una pregunta:

—¿Es cierto lo que ha dicho o hay otra versión? No sé cómo pudo hacerlo, pero me sonrió.

—¡Claro que sí, Phil! —Me miró con rencor infinito y preguntó —: ¿Cómo diablos lo averiguaste?

—Cometiste unos cuantos errores, linda. El último, el peor de todos, fue cuando me hablaste de una tal Sheila, y dándome las señas de un apartamento, de éste, para tenderme una emboscada a través de una de las ventanas, vistiendo de hombre, con ropas que quizá compraste a cualquier ropavejero, y que creo arreglaste con anterioridad, con objeto de que nadie pudiera sospechar que esos crímenes y atentados eran obra de una mujer, ¿no?

—Muy listo, querido. Y ahora..., ahora... —Miró la automática caída en el centro del *living*, hizo una mueca y me preguntó—: Vas a llamar a la policía, ¿verdad?

—¿Acaso esperas otra cosa?

—No; francamente, no.

Me puse en pie y me acerqué al teléfono. Morton me imitó, diciendo:

—Espere un momento, Dexter. Le miré con asombro y añadió:

—Cuando venga el teniente Marthyn, dígame que me encontrará en mi casa. Yo...

Bueno, no deseo ver como se la llevan, ¿comprende?

Salió sin que yo pronunciara una palabra y fui a la ventana, donde permanecí hasta que le vi salir y en la misma puerta subir a

su coche y alejarse a buena velocidad.

Entonces me volví a mirar a Maggie y pregunté:

—¿Y la otra versión, querida?

—¿La verdadera?

—¡Claro!

Volvió a sonreír, y como la vez anterior, tampoco supe cómo lo consiguió.

—Bueno..., la verdad es... Warren me vio varias veces con míster Morton y empezó a tener celos, ¿comprendes? Discutimos varias veces y me amenazó con explicarle varias cosas si no le abandonaba. Dijo, entre otras, que iba a decirle que yo deseaba casarme con él a causa de lo que representaba en Filadelfia. Sabía que no mentía, que lo haría tan pronto como se presentara la ocasión, pues no desea perderme, y eliminé a Sheldon para..., para... Pero esto ya lo sabes, pesquisa y, por tanto, no hace falta repetirlo, ¿verdad? —Hizo una pausa, que no quiso interrumpir, y prosiguió—: Cuando lo soltaron, Ross vino a verme y discutimos. Me acusó de ser yo la asesina de Sheldon y dijo que... se iba a poner en contacto contigo para contarte la verdad de sus sospechas si no me avenía a plantar a míster Morton. Entonces... le seguí... y...

Calló, y siguió un pequeño silencio que rompí con una Hueva pregunta:

—Entonces, eso de que entre tú, Sheldon y Warren ibais a apoderaros de todo lo suyo, una vez casada con él, no es cierto, ¿verdad?

Maggie desvió los ojos de los míos, los clavó en la puerta tras la cual había desaparecido Morton, y respondió sin mirarme:

—Claro que no, pesquisa. Lo dije... porque deseaba hacerle daño...

—¿Aún más? —interrumpí.

No me respondió, por lo que me alejé unos pasos y tomé el auricular. Fue entonces cuando se me ocurrió otra pregunta y la formulé:

—No obstante, ¿a santo de qué intentabas matarle también? Eso no cuadra mucho con...

—Tuve miedo, Phil —me interrumpió—. Verás, hace un par de días hablamos y saqué a colación el tema de la boda. Se mostraba

reacio. Antes deseaba que se supiera nuestro compromiso, y cuanto antes, y ahora vacilaba. Sheldon había muerto y Warren también, y yo..., yo tuve miedo a que sospechara de mí... y no era así. Ya viste que vino aquí conmigo. Claro que, por otra parte, también está el factor de que yo utilicé el nombre tuyo. Le dije que le esperabas en este apartamento, que habías descubierto algo relacionado con sus importaciones en telas y que si no venía se iba a ver envuelto en algo muy sucio. Una mentira que salió bien... Que hubiera salido bien a no ser por ti. Vamos, pesquisa, ¿es que tienes miedo a entregarme a los perros?

No repliqué. Empecé a discar.

Aquella noche abandoné el apartamento de la falsa Sheila, de una mujer que lo tenía todo y que se perdió por su desmedida ambición, rompiendo los lazos que la unían a Ross Warren, al objeto de convertirse, además de en una famosa cantante, lo que era ya, en dueña absoluta de un negocio como el de Chick Morton, cuando faltaba muy poco para el amanecer.

Fui en busca de Dora.

Me dio pena cuando entré en su apartamento, por le sencilla razón de que me estaba esperando, completamente vestida, sentada en el sofá del *living*, con una novela en las manos, y se puso en pie para salir a mi encuentro en cuanto me vio.

—Ya terminó todo, ¿verdad?

Sin preguntarme cómo lo sabía ella, y tan pronto, contesté:

—Sí, ya acabó. Era Margaret Owen. Tu amiga del «Bahía».

Se lo conté todo y terminé con una pregunta hecha medio en serio medio en broma:

—¿Qué hay de esa licencia especial de matrimonio, Dora?

—¡Phil!

—Contesta, querida. ¿Q era una simple broma?

—¿Broma? ¿Dices que era una broma? Pero, Phil, ¡si es verdad que la llevo en el bolso! La sangre se me heló en las venas, pero ya no había remedio.

El resultado fue que nos casamos al día siguiente, asediado éste, pero fue al salir del juzgado, ya junto a mi coche, completamente reparado, cuando la tomé del brazo y mirándome en sus hermosos ojos, ahora velados un tanto por las largas, rizadas y pelirrojas pestañas, cuando pregunté:

—¿Quieres decirme con claridad qué nombre le has dado al juez para que nos casara, preciosa?

Sonrió, entró en el coche y una vez hube arrancado, después de acomodarme ante el volante, contestó con una sencillez aterradora:

—Dora Morton Cristian, querido.

—Entonces, míster...

—Es mi padre. Phil.

—¡Cuernos! —estallé—. Si lo hubiera sabido...

—Pero no lo sabías. Por eso, desde hace tiempo, desde que formamos esa compañía, cambié el nombre de mi padre por el de mi madre. No quería moscones a mi lado. Deseaba un marido, sí, pero por mí misma.

Con una sola mano, mientras conducía con la otra, me rasqué la nuca.

—¿Sabías quién era Sheila?

—No. Con seguridad no, pero lo sospechaba. Por otra parte, vi a Margaret algunas veces con mi padre y por la forma en que se miraban... Bueno, Phil, creo que debemos olvidarlo todo o por lo menos tratar de hacerlo, ¿no?

Llevaba razón, pero todavía quedaba algo que preguntar y lo hice:

—¿Y tu padre, Dora?

—Se marchó de Filadelfia por una temporada. Creo... que necesita unas vacaciones.

Ojalá se divierta. Ojalá consiga hacerlo...

Me di cuenta de que estaba pensando en que él debió contárselo todo desde un principio y mentalmente le di la razón. Yo, lo mismo que Dora, estaba convencido de que aquello, a costa de tres asesinatos, le harían pensar en ello.

Y no, míster Morton jamás sospechó que Maggie fuera una asesina. Al mostrarse reacio al matrimonio, lo hizo pensando en Dora, a la cual no sabía cómo abordar al respecto, pero consciente de que tendría que hacerlo en un momento dado.

Una vacilación que estuvo a punto de costarle la vida, exactamente igual que a mi secretaria, Sheldon y al propio Warren.

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.